



Hermógenes de Irisarri

Don Bernardo O'Higgins

Quien escribe la biografía de un contemporáneo no es nunca su mejor juez. Por más abnegación, que se proponga, por más imparcialidad de que haga alarde, es imposible que no le arrastren a exageraciones las simpatías, los odios, las veleidades, los caprichos, bajo cuya influencia los testigos inmediatos de las, hazañas o flaquezas de un hombre público se apresuran a aplaudirlas o condenarlas. La historia degenera entonces en panfleto; peca por demasiado implacable o indulgente; atenúa o agrava a discreción; sus elogios son apologías; sus censuras diatribas; y para atemperar los hechos o personajes al sentido de su opinión, para deprimirlos o enaltecerlos a su antojo, tiene que infligirles cruel tortura, que colocarlos como sobre un lecho de Procusto y arrancarles así testimonios calumniosos o gratuitos. El ostracismo, suele decirse con gran énfasis, es la Roca Tarpeya de los grandes servicios, la ingratitud su recompensa obligada; como si los que tales fallos pronuncian pudiesen erigirse en tribunal de última alzada; como si no quedase la apelación al juicio tardío pero imparcial de la posteridad. Ésta viene a rectificar siempre los errores y vehemencias de la ligereza y la pasión; quita lo que habían concedido demás, [71] restituye lo que de menos; da a cada cual estricta y verdaderamente lo suyo; desagravia y absuelve, o increpa y condena, pero en última instancia, sin ulterior recurso. El caso adverso deja de ser entonces un crimen, y la rodilla inclinada ante la iniquidad triunfante, se levanta sin temor. El infortunio llega a ser más bien un fuero de conmiseración; el poder y el valimiento títulos a la más inexorable severidad. Las falsas apariencias, las exterioridades engañosas pierden todo su prestigio; habla solo la verdad.

¿Quién sabe si ha llegado a O'Higgins la hora de esta vindicación? Pero él, que murió en tierra extranjera, que no ha dejado una familia que guarde como suya la memoria de sus virtudes y proezas, y si detractores muchos y enemigos personales, cuyo encarnizamiento no han sido parte a embotar ni el mármol de la tumba ni el transcurso de los años; él, apellidado un tiempo el hijo primogénito y predilecto de la patria, y preterido o infamado después, hasta no temerse envolver en una común adulteración, ofensiva al decoro y orgullo nacional, la historia de la revolución de Chile y su más ilustre protagonista; él, cuyos rasgos magnánimos, y actos más gloriosos habrían sido redargüidos o negados, si por único recremento quedasen no más que reminiscencias confusas o tradiciones contenciosas; O'Higgins, es entre todos los grandes hombres de su tiempo el más acreedor a un cumplido desagravio y el que más lo ha menester. Al romper Chile por la vez primera la absoluta interdicción del régimen colonial, al asumir el ejercicio de su personalidad nacional secuestrada desde los primeros vagidos de su infancia, dio un paso el más osado y gigantesco. No se declaró desde luego libre y soberano; no decretó la derogación del vasallaje tributado tres centurias a la España. ¿Ni cómo se habría atrevido a negar de repente esa obediencia y subordinación, su suprema ley política, su forma constitucional, dogma de su religión, su modo de ser hasta entonces? La revolución así iniciada habría retrocedido a su primer paso, espantada ante el aislamiento y las maldiciones con que la habría abandonado a su suerte el mismo pueblo objeto de su solicitud y afanes, que habría llamado inútilmente a secundarla. ¿Ni a cuáles de sus más esforzados corifeos habría podido ocurrir la idea de acometer empresa semejante sin preparación de ningún género, contra resabios, preocupaciones y elementos tantos, que aseguraban la permanencia del orden de cosas a la sazón vigente? Pero si no se inició la revolución a rompe y rasga, por así decirlo, y proclamándose desde un principio su objeto en toda su importancia y extensión, si se la atribuyeron miras sólo secundarias y transitorias; si apenas un pálido arrebol de libertad pareció colorir el cielo de la patria en la aurora de su primera existencia, este dulce respiro de una repentina bienandanza se alcanzó también sin los sacrificios y catástrofes que apareja de ordinario el ingreso de una regeneración más violenta.

El dieciocho de septiembre de 1810 es entre los fastos nacionales de [72] Chile el más memorable, y lo será siempre; marca el principio confuso, la tímida intentona de lo que se acomete y lleva después a cabo en toda su plenitud y sin disfraz al uno; el júbilo, el beneplácito, el anhelo general, y la unión de más feliz agüero, prendieron en ese día al advenimiento de todo un pueblo, a la vida política y a la administración de sus intereses. Desde ese día el nombre de Chile pasó a ser la razón social de una nación. Pero este cambio, como ya hemos dicho, no se abrió ex-abrupto y con entera conciencia de su magnitud; la colonia no hizo al principio más que proveer, por sí misma es cierto, pero sin dimitir su condición de tal, al desamparo y acefalía a que la reducían la cautividad de Fernando, y la anarquía e invasiones de que era teatro la metrópoli. Se dio un gobierno propio, independiente, pero nada más que provisorio, destinado a regirla hasta tanto subsistiesen las circunstancias que le daban origen. Y al aventurar esta innovación atrevida, al estatuir su forma, al zanjar todas las dificultades de este su extremo precario en la vida de nación con derechos suyos, obrose colectivamente; cabildo, real audiencia, comunidades religiosas, militares de alta graduación, vecinos respetables, todos cargaron solidariamente la responsabilidad de la gestión común; el pueblo fue su personero. No hubo que arrancar por un golpe de mano lo que fue consecuencia espontánea del acuerdo general; no había llegado la empresa al punto en que fuese menester que el más osado de sus operarios forzase el asentimiento de los demás. La contemporización primera no podía con todo sostenerse; era imposible poner la proa a la asecuración del objeto final, sin determinarlo de una vez, sin deponer la parsimonia y

disimulo de los procedimientos anteriores. Escrúpulos poderosos, desconfianzas, temores, sugerencias siniestras incitaban a rechazar el temerario proyecto de una paladina y completa emancipación; forcejaban inútilmente en sentido opuesto el altivo ardimiento, el ardoroso patriotismo de los novadores más exaltados; la insidiosa reacción asomaba ya la cabeza atisbando una ocasión favorable a su prevalecimiento en las discusiones y perplejidad de sus antagonistas; el bajel revolucionario, destituido de toda dirección pujante y fija, comenzaba a fluctuar a la merced de un mar alterado y de un viento adverso. Carrera, el animoso y audaz Carrera, aparece entonces; arrebató el gobernalle de la zozobrante embarcación, la hace en un punto virar de bordo en el momento en que casi encalla, y con su arboladura improvisada, su endeble quilla, sus delgadas entenas, su intonsa tripulación, el barquichuelo de la república vese a poco navegar viento en popa, con bélico gallardete y con seguro rumbo, al puerto de su aspiración.

Cesaron entonces las medidas paliativas, contempторizadoras, medrosas, con que se había iniciado la revolución; desembozó sus conatos, y comenzó, a perseguirlos con franqueza y ahínco. Tuvo que vencer resistencias, que moderar excesos, que afianzar a viva fuerza la concordia y unión de todos [73] sus adeptos, y que tomar de una vez una actitud enérgica y decidida ante sus enemigos exteriores. Y cuando aceptaron estos el reto a muerte que les fue lanzado, cuando se hizo inminente y próximo el peligro de una invasión y fue menester prepararse a rechazarla. ¡Duro noviciado para un pueblo obligado recientemente a bastarse a sí mismo! No bien ha roto el bozal del despotismo y sacudido la apatía y abyección de su pasado, y ya tiene que salir a contrarrestar una agresión de muerte. El genio, la actividad, el celo de Carrera lo sirvieron y sostuvieron en trance tan extremo; alistó y armó soldados, acopió víveres y pertrechos, hizo todos los preparativos necesarios.

La noticia de haber puesto pie en el territorio un ejército numeroso y aguerrido, y avanzar hacia la capital, conquistando todos los pueblos de su tránsito, halló a la patria prevenida y resuelta; y el mismo que había encabezado todos sus aprestos para la lucha, se hizo también su campeón, el jefe de las huestes que debían marchar a combatirlo. Sin esperar su aclamación para cargo tan excelso, anticipándose al consentimiento público, presumiéndolo y forzándolo con el mismo arrojo que para su anterior predominio en el sesgo dado a la revolución; sin dejar tiempo a que por la deliberación se enervase la fuerza del primer ímpetu y se perdiesen las ventajas de un rechazo pronto y vigoroso, sin aguardar a que pasada la alarma y tribulación de los primeros momentos, se diese a su nueva investidura un carácter legal, sin el cual había hecho respetar muy bien la omnímoda y más augusta que acababa de ejercer; voló al punto a detener el progreso de la invasión. Desde las orillas del Maule hízola retroceder hasta Chillan, y la encerró en el recinto de esta plaza con un sitio estrecho, que sostuvo todo un invierno. La impasibilidad de sus adversarios, el cansancio de sus propios soldados, el agotamiento de los recursos y más que nada, los rigores de la estación, pudieron solo obligarle a resignarse a la humillación de levantarlo y de deponer su actitud agresiva para acudir a la reorganización de su tropa, disminuida y descorazonada por esfuerzos tan vivos, tan prolongados y tan estériles.

Este primer quebranto sacó a los patriotas de su estado de aquiescencia pasiva a los actos del que se había erigido en su jefe militar. Desde que la prepotencia y el acierto dejaron de disculpar la usurpación de Carrera, desde que sus últimas operaciones le declaraban momentáneamente vencido, se sublevó en su contra una gritería de censuras odiosas, de recriminaciones encarnizadas. Era para unos un ambicioso temible que subordinaría a su antojo el interés de la patria a su engrandecimiento personal, que no había cooperado a la defensa de la emancipación sino para establecer su propia

dictadura y la insolente elevación de toda su familia y parciales; y los que así le juzgaban pedían su destitución sólo como un ostracismo, sin poner en duda sus méritos e insignes cualidades. Otros le achacaban defectos de un general imprudente y cobarde; no sujetaba los soldados a una [74] disciplina severa; les había permitido depredaciones en los pueblos de su tránsito o guarnición, donde habían desacreditado la causa que sostenían; asistía al combate desde lejos, con la espada envainada, teniendo en la mano que debía empuñarla un antejo de campaña, comunicando sus disposiciones por el intermediario de edecanes y ayudantes, y fiando en el primor de las maniobras y estrategia que ponía en juego, más que en la intrepidez de sus bisoños tercios, en el estímulo de su ejemplo personal y de la energía y viva voz de sus órdenes. Y sobre todo, se quería un jefe menos jactancioso y petulante, menos pagado de su propia valía y superioridad, que no debiese su exaltación a sí mismo, que no tuviese hermanos brigadieres y una familia y clientela numerosas, capaces de contrabalancear con su influencia la de la mayoría nacional. En una palabra, la revolución había menester ahora, no de un caudillo imperioso y arrogante, a un tiempo tribuno y militar, bajo cuyos auspicios marchase como hasta ese momento, sin darse cuenta de nada; sino de un subalterno dócil, de toda su devoción, y que valiese y dominase solo por su medio y con su anuencia. Carrera se había hecho general en jefe por su propia gracia; no admitía otra iniciativa y sujeción que la de su inflexible voluntad. Su destitución debía ser la medida con que el gobierno de la república reasumiese su dirección suprema, hecha a un lado o menospreciada hasta entonces. Y con toda su protervia y altivez, Carrera tuvo que acceder a su separación y a la de sus hermanos del ejército, por la ráfaga de veleidad popular desencadenada a la sazón en su daño. El que solo a la hora de su muerte debía confesarse vencido, y no más que por la Providencia, tuvo que reprimir en silencio los primeros arrebatos de una saña que nada en su vida debía ser parte a aplacar.

El mando en jefe quitado a Carrera no podía ser conferido a otro que a O'Higgins. No era un veterano como Carrera, que antes que en Chile había ya militado en España, y que profesaba la guerra como un arte. La foja de servicios de O'Higgins antes de la revolución estaba completamente en blanco, y toda su teoría de combate, su evolución favorita al frente del enemigo, se reducía a cargar con valor. Pero en las pocas funciones de armas de la reciente campaña, había podido bien verse que de los planes mejor concebidos, de la táctica más certera, de la inspección distante y pasiva de un verdadero general en jefe, muy poco partido podía sacarse con una turba de valientes, indóciles a todo freno, impacientes, rota una vez la pelea, de la menor tardanza o evasión por bien calculadas que ellas fuesen y que el soldado más intrépido, el que para arrostrar el peligro o vencer la dificultad se mostrase, si era preciso, como una enseña viva a los ojos de los demás, ese alcanzaría mejor a la cabeza de ellos prodigios de valor y de heroísmo. La proeza con mucho más espléndida de cuantas habían ilustrado la campaña iniciada, había sido el asalto del Roble, en que los patriotas en un número muy inferior, a las órdenes de O'Higgins, único que [75] entre los oficiales de alta graduación, y con ser que era el de menor, y el menos caracterizado entre todos, no endosó a otro la responsabilidad del mando supremo, vacante en el momento por la fuga obligada de Carrera, resistieron por tres horas descargas, nutridas e incesantes en un ataque obstinado de los realistas, y con una carga a la bayoneta, ordenada y presidida por su caudillo accidental, los pusieron en desorden y, al fin, en la derrota más completa. ¿Qué mejor prueba de que el ardimiento personal valía más que la pericia y la estrategia para conducir a la victoria soldados inexpertos e impetuosos?

Desde esa jornada databa el crédito de bravura de O'Higgins, y en cuanto a la abnegación, la sinceridad y la entereza de su patriotismo, las había probado filiándose

desde un principio entre los pocos novadores más exaltados, y participando de todos sus primeros riesgos y ansiedades; y luego, como diputado al primer congreso nacional de tan célebre recordación, como miembro de la junta que organizó Carrera en la capital a la disolución de aquella recalcitrante asamblea, como su plenipotenciario enviado también por Carrera para obviar su conflicto con las que se proclamaron independientes en Concepción y Valdivia, como coronel en el ejército nacional, puestos todos, en que por respeto a su mandato, por subordinación a sus comitentes, por lealtad consigo mismo, había tenido que afrontar compromisos odiosos, incitaciones malignas. Sobre todo, se buscaban no tanto aptitudes sobresalientes en el que hubiese de ser jefe militar de la revolución, cuanto otras cualidades, simplemente negativas, que por no concurrir en Carrera le habían hecho últimamente impopular e inadecuado en ese rango. Se quería, ante todas cosas, que el nuevo general del ejército, recibiese, no impusiese ni empeñase su promoción; y que ella acusase, a la par que el reconocimiento de las dotes y méritos que la decidían, la voluntad espontánea y soberana de su emanación. Si al mérito especial del elegido se agregaban los accesorios de elevado talento, grande ascendiente, familia aristocrática que en Carrera, ni tendría aquella los visos de enteramente voluntaria que se quería indujese, ni dejaría de ocasionar temores de un antagonismo fatal. Bajo este aspecto, era O'Higgins el más a propósito. Sin la revolución no hubiera sido nunca más que el hijo natural de un virrey; sus, prendas morales, sus servicios, nada habría sido suficiente a borrar esa mancha de su nacimiento, ese apodo agregado siempre a su ilustre apellido, que había movido a su padre a negárselo en su postrera voluntad, y a privarle durante su vida de las efusiones e inocentes delicias de la primera juventud, pasada para él lejos de su tierra natal, dentro de los claustros y bajo la represión severa de un colegio de jesuitas de Irlanda. Bajo el régimen y las preocupaciones del coloniaje, O'Higgins habría vivido siempre retraído y oscuro, sin parientes, sin amigos, y quizás en completo entredicho con una sociedad que para admitirlo en su primera clase le hubiera pedido una alcornia legítima. El [76] que comenzaba a vivir fuera de sí mismo, y a figurar en alta esfera con la revolución; el que se elevaba por ella y con ella, y trataba de rescatar con su triunfo su nulidad pasada; el que por la reconcentración de su carácter y sus hábitos de recogimiento y de reserva parecía inaccesible a toda seducción, intriga o devaneo; el que en la consagración de su civismo había mostrado un temple de alma, una energía moral superior a todo incentivo o aprehensión; el que no tenía ni el genio, ni la ambición de poder, ni los amaños seductores, ni los prosélitos fanáticos que Carrera, debió ser considerado el mejor y menos peligroso en su reemplazo. Su rigidez, su vigilancia asidua e inmediata impedirían las extorsiones y atentados de una soldadesca engreída y desenfrenada; el ejemplo y prestigio de su denuedo, su incorruptible celo, su independencia de toda facción, reanimarían a la vez al ejército y disiparían todo temor de ver convertida contra la república una guardia pretoriana de sus mismos defensores. Todo lo que había sido antipatías y recelos contra el general cesante, se tornó en confianza plena y satisfactorio contento en favor de su sucesor.

Recibió O'Higgins el mando del ejército en Concepción, reducido casi a una mitad del número de su primitiva planta, y se puso a sus órdenes inmediatas solo una de las dos divisiones en que lo dejaran fraccionado las últimas operaciones de Carrera, separadas ambas por más de sesenta leguas de áspero camino, por ríos caudalosos y por los realistas que, muy superiores en número y equipo de sus tropas, aun antes de agregarse considerables pertrechos y auxiliares llegados recientemente de Lima, debían moverse de un momento a otro de su cuartel general de Chillan, para dejarse caer con todo el peso de su fuerza, sobre uno u otro de aquellos dos débiles trozos de la nuestra. Al que tenían más cerca y menos resistencia podía oponerles era el acampado en el Membrillar,

a las órdenes de Mackenna, oficial extranjero, pero tan entusiasta por la independencia de Chile y la gloria de sus armas como el más amante de sus hijos, de mucho tacto y experiencia militar, y de un pundonor que debía serle funesto. Este jefe, que se estrenaba en el mando como brigadier al mismo tiempo que O'Higgins como general, se hallaba en la posición más difícil y angustiosa; al frente de las triplicadas huestes de los realistas que interceptaban su comunicación con O'Higgins, y teniendo también cortada su retirada a la capital la reciente ocupación de Talca por una fuerte avanzada de aquellas. Le era imposible aventurar paso en ningún sentido; solo a favor de la ventajosa localidad de su campamento y de las fortificaciones y acopios con que se estaba a toda prisa premuniendo, podría sostenerse algún tiempo en su aislamiento, y esperar que de una u otra parte se viniese tal vez en su auxilio.

Entretanto, la defensa de la plaza de Concepción condenaba a O'Higgins a la inacción más mortificante; y se aprovechó con gusto del primer anuncio de los apuros de Mackenna, y de las alarmas del gobierno, en vista de [77] su desamparo y de la inmediación de los invasores, para abandonar aquella plaza sin escrúpulo, y ponerse luego en movimiento a procurar juntarse con la otra división, para de allí dirigirse presuroso a proteger con todo su ejército a la capital. Después de una marcha larga, penosa, y que hizo más difícil el temor de ser asaltado a la deshilada por el enemigo, cuyas descubiertas sorprendió más de una vez, le dio por fin vista en las alturas del Quilo, cuando ya no distaba del Membrillar más que cinco leguas. Ruidosas descargas de fusilería anunciaron a Mackenna la aproximación de su jefe y que trataba de forzar el paso hacia él; se hubiera al punto precipitado en su auxilio, pero previó por fortuna el peligro de abandonar su atrincheramiento, y de ofrecerse sólo y enteramente en descubierto al ataque de los realistas. Éstos, por su parte, no por una cobarde trepidación, sino dando tiempo a que una de las dos divisiones de sus contrarios avanzase algo más, bien trasponiendo la una la defensa natural de un río intermedio, o bien alejándose un poco la otra del recinto de sus fortificaciones, las tuvieron algún tiempo inmóviles mal de su grado y en la incertidumbre más tormentosa, mediante alardes alternativos y embestidas parciales; hasta que al fin, cansados ellos mismos de esta perplejidad y de esperar inútilmente la disyuntiva que debía terminarla, se echaron de improviso sobre Mackenna, sin reservar otra parte de todas sus armas que la muy pequeña bastante para contener a O'Higgins a la orilla opuesta del Itata. Pero toda su superioridad y bríos se estrellaron impotentes, contra las trincheras de que se había aquel rodeado; y el temor de ser tomados entre dos fuegos y lo insuperable de la resistencia, los hicieron pronto retroceder en una confusión y descalabro tales, que ni acertaron siquiera a estorbar al día siguiente a O'Higgins, como hubieran podido, el paso del río su completa reunión con los vencedores de la víspera.

Sin permitir el menor descanso, prosiguió al punto O'Higgins con su ejército, formado ya en un solo cuerpo, a pasar el Maule y a no diferir más su interposición entre la capital y Talca, tan anhelada y de urgente necesidad desde que esta última plaza había caído en poder de los realistas. El ejército de estos últimos comprendió luego el motivo interesante de tanta premura; y con la mira de cruzar esta tentativa, de reforzar sus propias avanzadas de Talca, de trasladar aquí el cuartel general y el centro de sus operaciones todas, y de precipitarse a marchas forzadas sobre Santiago, antes que se hubiese podido llegar en su socorro, se encaminó también a disputar el paso del río o a efectuarlo en último caso antes que su rival. Los dos se movieron casi simultáneamente y con el mismo manifiesto fin. La operación para los patriotas era mucho más difícil y apremiante que para los realistas; debían pasar primero, a la mayor brevedad, y por vado menos obvio y más practicable que sus adversarios, quienes le cerraban todo camino de salvación con solo estorbarles el paso, o conseguir efectuarlo con cualquiera

anticipación. Y a esta gran ventaja de estarse a la defensiva y de no traerles [78] la demora perjuicio, se agregaba la del número de sus fuerzas y la de su comunicación expedita con el depósito de sus provisiones y recursos. La lucha desigual y apuradísima que sostuvo con este motivo O'Higgins, de trances y de ardidés, de intentonas y deshechas, de contramarchas y arremetidas, es uno de los episodios más curiosos y admirables de esta brillante campana. A una estratagema feliz y a la intrepidez sin igual del mayor Campino, que con una compañía de a caballo y llevando a la grupa otra de tiradores, atravesó de los primeros el río y desde la orilla opuesta protegió el paso, en gran parte a vado, del resto del ejército, debió O'Higgins la incomparable hazaña de este triunfo.

Era ya tiempo de acudir a la protección de la indefensa capital: los enemigos tenían enteramente franco el camino hasta ella; acababan de derrotar en Cancha-Rayada, a las puertas de Talca, el ejército improvisado con que se prometiera desalojarla de su amenazante posición. Esta contrariedad desastrosa y la postergación de O'Higgins, ya tan prolongada, la habían sumergido en el pavor y el desaliento más general.

La cintura del territorio de Chile por su posición central, y porque es la parte en que más se estrecha entre la cordillera y el mar, la forma el valle en que se situó con sus tercios O'Higgins, casi a tiro de cañón del pueblo en que los realistas establecían al mismo tiempo su cuartel general. Así fue que cuando se precipitaron con toda su fuerza y la recientemente victoriosa que se les unió en Talca, sobre el camino de Santiago, a terminar con el último y más recio golpe una lucha que los traía fuera de sí, impacientes de vengar tanto revés, sufrieron un rechazo que no los alentó para reiterar su embestida.

La capital respiró por fin de su pánico y alarmas, confiando en que el centinela avanzado de los vencedores del Roble y Membrillar, no se dejaría romper su consigna de atajar el acceso del enemigo a la ciudad de toda su codicia y solicitud.

Sobrevino en esto un armisticio con ocasión de haber ofrecido el virrey de Lima proposiciones de paz. ¿Por qué se les dio oído? ¿Por qué se accedió a las concesiones humillantes exigidas por ellos? ¿Por qué no se sospechó la perfidia y las intenciones aviesas que encubría esta celada? Todos estos reproches deducidos después contra los que aceptaron el tratado de Lircay son injustos a más no poder. ¿Qué gran concesión se hizo por él a la España? ¿La del reconocimiento nominal de su soberanía para el caso en que recobrase su independencia y con la condición expresa de definirse entonces de mutuo acuerdo la forma en que debería ejercerse? ¿Qué otra cosa importaba esta declaración que la del statu quo de la contienda?, ¿Qué desistimiento vergonzoso había en semejante emplazamiento de su decisión? La que cantaba la palinodia, la que pedía alafia, la que después de tantas bravatas y amenazas ofrecía desarmar oprobiosamente, era la España; ella se comprometía a evacuar el territorio, y toleraba que sus vasallos rebeldes figurasen en la capitulación como sus iguales. Y tanto más baldón y vituperio, [79] para ella, si ese ofrecimiento era mentido, si al afianzarlo con la palabra y el honor nacional se proponía en secreto una trasgresión infamante. Y luego, ¿cuáles eran las circunstancias ventajosas, los recursos inagotables, el apoyo firme y seguro con que contaba Chile para sostenerse arrogante y pertinaz hasta alcanzar la completa rendición de su contendor? Su ejército jadeante y desmedrado, su tesoro exhausto, sus elementos de resistencia esquilmados todos, arrebatados en gran parte, ¿le permitían por ventura especular sobre la probabilidad de un próximo triunfo, mucho mayor o más seguro que el que creía asegurarse con el tratado? Si alevosías atroces y disensiones fratricidas se conjuraron después de consuno contra la pobre patria, no se achaque el cargo horrendo de los desastres y ruina que trajeron a los que no pudieron preveer, ni tamaña felonía de parte de un enemigo sin fe ni pundonor, ni atentados tan flagrantes de parte de quienes

no temieron alzar contra el tricolor de la república el pendón de sus susceptibilidades y rencores personales.

Y por otro lado, cualquiera que fuese la justicia o sinrazón de tales recriminaciones, no afectan en lo menor a O'Higgins, que ninguna injerencia tuvo ni en la discusión de las condiciones del tratado, ni menos en su aceptación, El papel que le cupo en la negociación fue el de mero plenipotenciario, y para sólo el acto de formular y ratificar con su firma lo ya acordado sin su anuencia. Las armas de la república estaban en sus manos y pudo con ellas despedazar el pacto, y obligar al gobierno a una inmediata retractación. Cierito. Pero, ¿de dónde se hubieran derivado sus facultades para erigir así su particular capricho en norma y ley de la voluntad nacional? Factible o no tal intento, se hubiese o no frustrado en la ejecución, nada habría atenuado la avilantez, ni menos, la perfidia de prevaricato tan criminal.

Sí; el tratado de Lircai es un padrón de oprobio y execración, pero sólo para los que se desentendieron de la fe sagrada de sus promesas y para los que hicieron servir el pretexto falso de haberse ciado por él ante la defensa de la libertad y nacionalidad chilenas, a la disculpa de la usurpación más escandalosa y a la satisfacción de resentimientos e intereses individuales (4). ¿Quién era Carrera, qué pesaban en la balanza de la salud [80] pública sus agravios personales, verdaderos o gratuitos, qué su amor propio herido, sus méritos olvidados, para que acechando, desde el escondite, en que había tenido que sustraerse a las persecuciones del gobierno de sus compatriotas y correligionarios, indignados y alarmados por las tramas y maquinaciones en que se obstinaba su encono contra ellos, un momento de descuido y de turbación; aprovechándose del primer reposo que gustaba la patria, después de tantas fatigas y desastres contemplados por él con ojo enjuto desde la prisión en que a su separación del ejército cayó por su temeridad y lo conservaron los realistas hasta su evasión; haciendo leva en su apoyo de todos los odios menguados, las aspiraciones bastardas, tantas malas pasiones cobijadas siempre bajo un régimen cualquiera, y por de contado bajo el represivo y duro que hacia necesario la coexistencia de la guerra y la revolución, derrocarse el gobierno patrio y sobre el atentado de su vilipendio y de su ruina, estableciese su nefaria dictadura, para satisfacer con ella su frenesí de venganza y ambición?

O'Higgins, que no vio ni pudo ver en Carrera más que su usurpación gratuita y los desafueros y tropelías con que era inaugurada; ligado como estaba a la obediencia y defensa de la autoridad legítima, y muy ajeno de sospechar la pérfida violación del tratado bajo el cual se hallaban suspendidas las hostilidades contra los realistas, creyó de su deber dejar su campamento, y venir a restablecer el gobierno subvertido. Se adelantó hasta Maipo con una parte del ejército, dejando la otra a una jornada de distancia; y encontró allí el que Carrera había ya reclutado, y oponía a la prosecución de su marcha. Trábase un combate de poco momento, que se habría renovado al día siguiente más sangriento y decisivo y en que O'Higgins habría empeñado toda su tropa, si no hubiese hecho caer las armas de la mano a ambos combatientes, minutos antes de cruzarlas, el anuncio, terrible cuanto inesperado, de haber venido de Lima a las órdenes de Osorio un nuevo ejército a reforzar y llevar adelante la invasión, de hallarse ya en Talca y de avanzar precipitadamente a someter otra vez a todo Chile al ominoso yugo colonial. O'Higgins y Carrera no pensaron ya más que en volver contra el común y aleve enemigo sus espadas ensangrentadas en la contienda fratricida del día anterior; se olvidó la reyerta pendiente para no atender más que al peligro de la patria. Y el que de los dos tenía de su parte sino la seguridad del triunfo, al menos la razón, el pundonor, la justicia, el deber, se apresuró a ceder al otro de general en jefe del ejército, se degradó él mismo a subalterno de su rival; dobló su rodilla ante la iniquidad que la exigencia de la

salud pública le impedía ya contestar; sacrificó su orgullo y su dignidad personal; fue magnánimo y generoso [81] hasta el punto de aceptar tan acerba humillación; y por única merced pidió la de mandar la vanguardia del ejército que saliese a repeler al español.

Y Carrera que se había constituido en desfacedor de los agravios y desaguisados de la revolución; Carrera que había prometido vindicar el honor nacional, desnudar ese acero de la república que infieles y pusilánimes mandatarios habían vuelto con baldón a la vaina; Carrera, antes que recoger con valentía el guante que el feroz Osorio le tiraba con menosprecio a la cara, habló de paz, de justicia, de humanidad, hizo protestas fementidas de sumisión y respeto a la soberanía de Fernando, descendió hasta la súplica y la falsía, y no se remitió al coraje de sus soldados y a la justicia de su causa, sino perdida toda esperanza de una amigable e indigna transacción. Su contestación (fecha 5 de setiembre de 1814, rotulada al que manda la gente armada de Lima) al ultimátum del jefe de los realistas, rebaja y calumnia el pensamiento de la revolución; Chile no se ha sublevado en ella contra la soberanía de Fernando, sino contra los gobiernos intrusos y las autoridades que asumía sin título legítimo la representación de su augusto monarca; presenta a los patriotas como fieles servidores de su majestad, y a sus contrarios, en caso de persistir en su agresión, como vasallos rebeldes. Y a esta chicana, a esta superchería, impúdica apela en momento tan solemne, en su propia defensa y en la de la patria, el mismo que había calificado como una reculada hipócrita el tratado de Lircai, como traidor al directorio que lo sancionara, como justa y santa su sustitución por la obrepticia y refractaria dictadura de su antojo, como honrosa en su favor e imputable solo a O'Higgins la sangre de hermanos vertida en Maipo, y finalmente como acepta a la mayoría nacional e indispensable a la salvación del país la supremacía que acababa de serie abandonada, no concedida, y con la que no se avergonzaba de cejar tan cobardemente, de mentir tan a faz descubierta.

La repulsa perentoria de Osorio no le dejó lugar a otro efugio; tuvo que disponerse a resistirle, y al efecto, con una brigada que no alcanzaba a mil hombres, destacó a toda prisa a O'Higgins a estorbar al enemigo, que había acercado ya sus reales hasta San Fernando, el paso del Cachapoal, distante de la capital apenas veinticinco leguas. Llega a tiempo, pero no le es posible impedir con tan escasa fuerza el tránsito de un río vadeable en muchos puntos, a un ejército prepotente en el número y disciplina de sus soldados, y alentado con la noticia del desconcierto y discordia en que logra sorprender a los patriotas. Viendo esta imposibilidad resuelve retrogradar y hacerse fuerte en la misma ciudad de Rancagua, cuyas afueras lindan casi con la ribera septentrional del río, dando así tiempo a que pueda reunírsele Carrera con la división de su mando y batir juntos al poderoso invasor. Guarnece al instante aquella plaza con su escasa gente, atrinchera sus principales avenidas, se previene para el próximo ataque. Lo peor de todo es que la pésima posición que le es fuerza [82] tomar, y el plan de operaciones que ella le impone, inutilizan su mejor arma, un regimiento de dragones aguerridos que comanda el bravo Freire.

El sitio de Rancagua es sin duda la función de armas más trágica pero más gloriosa de nuestra historia: los independientes sufrieron en ella una derrota completa, pero tan costosa a sus adversarios y humillante como el más espléndido triunfo. ¡Treinta y seis horas de un fuego vivo y mortífero de una y otra parte, sólo interrumpido por intervalos de combate a sable y bayoneta, todavía más sangriento! ¡Un puñado de valientes cercados y acosados en todos sentidos por agresores no menos bravos, mucho más numerosos, mejor pertrechados y en situación de combinar y dirigir el ataque por do quiera y a sus anchas! ¡Aquí y allá bandera negra, guerra a muerte y sin cuartel!

En la noche del I.º de octubre de 814 la refriega había durado ya algunas horas, y la brigada de O'Higgins, aunque diezmada horriblemente, se mantenía firme y briosa, tanto que los godos, viendo crecer el ardor y pujanza de los sitiados a medida del alcance y destrozo de sus irrupciones, deliberaban sobre levantar el sitio y retroceder a toda prisa, antes que el arribo de Carrera, que podía acontecer de momento en momento, les cortase la retirada o los obligase a efectuarla en vergonzosa huida. Todas las ventajas hasta ese instante las concebían ellos no de su parte. Y al mismo O'Higgins y a todos los suyos estimulaba igual persuasión. La falta de municiones ocasionada por el consumo hecho en todo un día de incesante lid, y por el incendio del lugar de su depósito, turbó algo a los patriotas al caer la noche; pero ya O'Higgins había provisto a este apuro, despachando y haciendo deslizarse por un albañal de la ciudad, no obstante el asedio y vigilancia de los enemigos, un expreso a Carrera, de quien sabía hallarse ya muy próximo con su división, para que sin pérdida de minutos le enviase municiones y acudiese a decidir de una vez la conclusión feliz de la empresa. ¿Qué le importaban la furia de los sitiadores, y los peligros y sacrificios de unas cuantas horas, si antes del amanecer debían llegar los recursos pedidos, y con el auxilio inmediato de Carrera se arrancarían el difícil triunfo?

«Municiones no pueden ir sin bayonetas: al amanecer hará sacrificios esta división.»

Esta contestación de Carrera vino a desvanecer en parte tan lisonjera esperanza; sorpresa y dolor causó recibirla; se esperaba menos sangre fría, más arresto y prontitud, del general en jefe sabedor de tan crítica situación. No desmayó por esto la resistencia y valor de los sitiados; quedan cuatrocientos contra más de dos mil; se encuentran a punto de no tener cómo disparar un tiro; y se atreven con todo a sostener la defensa de la plaza hasta el último trance, a no pedir gracia a la ferocidad de sus contendores. O'Higgins les asegura la anunciada cooperación de Carrera; y en todo evento y, devorando en secreto sus temores, se decide él mismo a vender cara su propia vida y la de su postrer soldado. [83]

A la alborada del siguiente día trábese de nuevo la lucha con más encarnizamiento y furor. Los sitiadores, envalentonados con la tardanza de Carrera, tratan de hacer el último esfuerzo y de concluir con los sitiados. En el delirio éstos de la desesperación; sin contar ya más que consigo mismos; circunscrito por fin el teatro del combate al estrecho ámbito de la plaza principal de la ciudad; faltos hasta del agua, cuyas fuentes todas han cegado sus contrarios; abrumados en todas direcciones por una fuerza cinco veces mayor; expuestos a ser devorados de un instante a otro por las llamas que devastan la población y cunden más y más; consumidos los pocos cartuchos a bala con que podían aun responder a las descargas que les eran asestadas desde los techos de las casas casi a quema ropa; maldiciendo la inacción inexplicable del General en jefe, mostraron sin embargo una intrepidez, una magnanimidad, fuera de toda comparación, sublimes. Lidieron con denuedo hasta cansar la fiereza y furor de sus agresores; y a la postre, perdida toda esperanza, en los momentos en que el fuego, el hambre, la fatiga y la sed, si no una última carga de Osorio, iban a consumir su exterminio, se conciertan para evacuar la plaza con todos los honores de un triunfo. Imparte O'Higgins orden al regimiento de Freire de recibir a la grupa los restos de su esforzada división, y a la cabeza de todos rompe y atraviesa las filas enemigos. Atónitos de asombro y de terror no se atrevieron a seguir los españoles tras ese grupo de valientes y de mártires, que les abandonaba la plaza pero sin dejarles el honor de la rendición.

Nada menos que ufanos penetraron pocos momentos después los vencedores, y aunque toda era cenizas, escombros, cadáveres y sangre, todavía hallaron patriotas acribillados de heridas que en las convulsiones de la agonía resistían tan bárbara conquista. «Los oficiales Ovalle y Yáñez se habían apoderado del asta de bandera para no rendirla

mientras tuviesen vida; el capitán Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodillas y sable en mano, guardó el paso de una trinchera hasta sucumbir bajo innumerables golpes». Se ha dicho que Carrera tuvo el propósito de avanzar con el grueso del ejército, no más que hasta la Angostura del Paine, paso intermedio entre Rancagua y la capital, y de esperar allí a los invasores; que dio a O'Higgins orden de replegarse en retirada a este punto, en caso de no poder estorbar a los godos el paso del Cachapoal; y que obstinándose O'Higgins en la ocupación de Rancagua contravino al plan de defensa del General en jefe y acarrió la pérdida del país.

Por lo que respecta a Carrera, ni está demostrado, ni es presumible que hubiese tenido el plan que se le atribuye; y ni aunque en efecto lo hubiese tenido y preparado, queda de mejor data la conducta que observó. Si hubiese trazado tal plan habría perseguido de algún modo su ejecución, y ninguna contrariedad le habría hecho desistir sin arriesgar una tentativa formal, sin jugar el todo por el todo en un esfuerzo supremo. ¿Y cómo tampoco habría juzgado posible y conveniente el plan de resistencia en la Angostura, [84] si no era este un paso obligado para los españoles, si con solo que tomasen la vuelta de Aculeo, llegaban hasta la capital salvando su encuentro? Y finalmente ¿qué plan, qué mejor combinación, qué esperanza más lisonjera pudo obligarle a dejar en la estacada a los de Rancagua; a presenciar impasible a pocas cuadras de distancia la pugna feroz, la horrible carnicería de que eran víctimas, y a hacerse sordo hasta el último a las imprecaciones con que invocaban a todas voces su auxilio? Una demostración suya, una escaramuza cualquiera, el envío a toda costa de las municiones con tanto encarecimiento demandadas, habría dado el triunfo a los sitiados, y de la plaza entrada, a saco y a degüello habría hecho el baluarte de la Independencia. Y si de miedo o por un cálculo errado o fementido no evitó la ruina de la Patria, dependiente de tan injustificable omisión, justo, muy justo ha sido que cayese sobre él toda la execración de tamaña falta.

Y por lo que toca a O'Higgins, es todavía más concluyente la refutación de ese comento. Se encerró y se defendió hasta el último trance en Rancagua, porque esa fue la orden que recibió, por más que digan lo contrario los apologistas de Carrera; porque, si no había entrado ese evento en el plan que se supone combinado de antemano, no afectó a O'Higgins la imprevisión de no contar con él; porque, lejos de provenir ese evento de su capricho u obstinación, lo impuso fatalmente la necesidad del momento, ante la cual sí que hubiera sido imprevisión, al solo O'Higgins inculpable, no dar por derogado y corregido cualquier plan anterior. Con su pequeña y colecticia columna ¿cómo, ni con qué objeto accequible hubiera podido contramarchar en retirada catorce leguas, picada su retaguardia por todo un ejército veterano? Y porque, en fin, si desobedeció alguna orden o no obró con toda la prudencia y acierto deseables, fue por obedecer ciegamente la orden más imperiosa de su bravura y del honor; por ceder a una de esas corazonadas infalibles, que guían siempre a un desenlace, sino feliz, al menos honroso.

Fuese como quiera, en la escena trágica que cerró el primer período de la Independencia y fue bajo todos respectos su acontecimiento a la vez más grandioso y más infausto, O'Higgins escribió con letras de su sangre el epitafio de la Patria. Mientras la posteridad pueda leerlo, asignará justamente el vituperio y la alabanza.

II

En los primeros días del mes de febrero de 1817, un ejército de cuatro mil hombres, a las órdenes del general argentino don José de San Martín, subía la cordillera de los Andes para dejarse caer en el territorio de Chile sometido de nuevo, desde 1814, al despotismo del sistema colonial. -Este ejército venía de Mendoza, y su reunión, su organización, su

equipo, su disciplina eran debidos enteramente a los esfuerzos de su ilustre jefe. -Sin más [85] ayuda que los desvalidos aunque numerosos proscritos, que habían venido a refugiarse a su benévola hospitalidad; sin otros elementos que los que supo procurarse a fuerza de voluntad, de maña y de tesón, venciendo dificultades de todo género, no temiendo ofrecerse como blanco a las imputaciones más injuriosas, ni afianzar la grandeza y acierto de su intento con los felices resultados de su ejecución, concibió, preparó y puso por fin en marcha la expedición destinada a devolver a Chile su independencia y libertad. Era de esos hombres que en una empresa cualquiera cierran todas sus avenidas a la casualidad, y no la dejan otro resquicio que el que se escapa al cálculo más prolijo y a la más sutil previsión. Desde su salida de Mendoza traía trazado en sus mínimos pormenores todo el plan de la campaña. Sabía el poder y el alcance de todos sus medios de acción; contaba con tales y cuales circunstancias ventajosas que obtendría por la sorpresa, el error y desconcierto de sus incautos enemigos; y a fin de no darles tiempo a preparativos y de determinar a última hora otros que los adaptados a su intención, había destacado de antemano pequeñas partidas a fin de que, descolgándose por la cordillera por diversos puntos, llamasen la atención de los españoles por todos ellos a la vez. -Tan perfectamente dispuso todas sus medidas, tan bien correspondieron a su objeto todos sus amaños, que en la mañana del 12 de febrero trepaba una parte de su ejército la cuesta de Chacabuco, a la vista y contra el fuego de las avanzadas realistas, que sólo desde el día anterior habían acudido a toda prisa a la defensa de este baluarte natural del territorio de su dominación. -No pudieron contener un instante el ímpetu de los agresores; no les llegó a tiempo ningún refuerzo de su campo, situado a poca distancia, pero ocupado sólo desde la víspera en la reunión y organización de sus diseminados tercios, y sin poder por tanto ocurrir con la presteza y fuerza necesarias a los apuros del momento. Cuando se hallaron los realistas en situación de atender y volar al sostén de sus avanzadas, era ya demasiado tarde; descendían en pavorosa derrota hacia ellos, y ocupaba y guarnecía la posición de que eran desalojados toda una columna del ejército de los Independientes. Esta división, a la cual cabía el honor de disparar los primeros tiros en defensa de la restauración de la Patria, y que rompía el combate con tanto arresto y bajo tan buenos auspicios, era capitaneada por el bizarro O'Higgins. Los españoles, llenos de espanto y admiración, divisaban ya en la eminencia de la cuesta la figura sobresaliente de ese caudillo, cuya intrepidez y firmeza les costó tan caro conocer en Rancagua, y que ahora presidía, espada en mano y en la actitud más arrogante y enérgica a los aprestos del inmediato e imprevisto ataque. Según el plan de operaciones combinado por San Martín, O'Higgins debía hacer alto al pie de la cuesta y esperar que la división de vanguardia al mando del general Soler y la de reserva con que venía el mismo San Martín, se reuniesen o acercasen a la suya para atacar de consuno. Temió con todo el General en jefe que O'Higgins avanzase demasiado, y no bien alcanzó a columbrar [86] por su anteojo que repechaba ya la cuesta, despachó a carrera tendida a uno de sus edecanes con la orden de detenerle al instante. El oficial conductor de ella pudo trasmitirla a O'Higgins justamente en el momento en que las primeras hileras de su columna comenzaban a ocupar la cima: «alto general, alto», gritole con toda su voz, dirigiéndose hacia él a toda brida; y no bien llegó a poder hablarle de cerca, le reiteró su interpelación en los términos más apremiantes. Fue un lance terrible aquel para O'Higgins: estaba ya en presencia del enemigo: su anhelada vista y la lucha que acababa de sostener contra las avanzadas para franquear la subida, habían excitado todo el ardor de sus soldados; mas al ir a lanzarse con ellos para aprovechar en una carga a la bayoneta toda la pujanza del primer ímpetu, vese de repente detenido por una orden imperiosa y terminante del General en jefe. ¿Qué hacer en este conflicto? Si obedece, pierde la oportunidad más brillante, deja gastarse en la

inacción y en la impaciencia por atacar de una vez, los bríos irresistibles de que siente animada toda su hueste, y se condena a permanecer en inmovilidad tan desventajosa ¿quién sabe cuántas horas que tardarán en sus evoluciones las columnas rezagadas? Y si quebranta la orden, si se decide a empeñar la acción sin la concurrencia de las otras divisiones ¿quién le eximirá de la tremenda responsabilidad que se echa encima? ¿quién sale garante por él de los resultados de tan osada desobediencia? Dura alternativa, pero que no le hizo trepidar más que unos pocos segundos, los que necesitó para volver la vista en torno suyo, cerciorarse de si estaban aún muy distantes las otras dos divisiones, si en las filas realistas haría mella su inmediata agresión y si sus soldados secundarían animosos su atrevido intento. «Mis valientes», exclamó de improviso, «calad bayoneta y a la carga». A esta voz toda la columna, como impelida por una conmoción eléctrica, puso a un tiempo las armas de la manera ordenada, y rompió su marcha a paso precipitado, demostrando con un grito unísono de ¡Viva la Patria! cuán bien se acordaba la disposición de su propio ánimo con el mandato de su valiente general.

No hay palabras que basten a expresar el asombro en el primer momento, y luego la furia de San Martín al notar con el antejo este acto de insubordinación y de brutal imprudencia de su inferior. Veía por él desbaratado de un golpe todo su prospecto de combate, contrariadas en un punto sus más acertadas medidas, y comprometido el éxito de una empresa preciosa, obra de tantos esfuerzos, vigiliias y sacrificios, en el albur más aventurado y desigual. Como el general de Maquiavelo, todo su corazón estaba en la cabeza; ante las exigencias de sus propósitos, no había amistad ni sentimientos que valiesen. En el primer raptó de su despecho y sin que se embargase en lo menor su rápida deliberación, resolvió tal vez someter a O'Higgins a un consejo de guerra y hacerle pagar con la vida las tristes consecuencias de su temeridad. ¿Qué le importaba que en nada las remediase este castigo? Tendría al menos la satisfacción de no dejar impune la [87] grave ofensa que acababa de sufrir, y daría este testimonio irrefragable de no haber tenido la culpa del aciago fin de su expedición. Entre tanto, corría presuroso con toda la reserva a evitar en lo posible fracaso tan completo.

Pero su indignación se cambió en el gozo más inefable no bien sorprendieron su vista el destrozo y confusión que la carga impetuosa de O'Higgins producía en las filas enemigas. Se disiparon al punto todos sus temores, y con ellos toda idea de castigar en su audaz subalterno temeridad tan feliz. La desolación, que minutos antes había arrebatado su energía, cedió su lugar al transporte del más vivo entusiasmo; no pensó mas que en aplicar todo su ahínco a abreviar el triunfo inmenso y decisivo, que contemplaba ya seguro. Todo contribuía al mismo tiempo a poner la batalla en el más brillante pie en favor de los patriotas. Las bayonetas de O'Higgins y las cargas de la caballería de su división acribillaban y desbarataban más y más por el frente a los realistas; y cuando trataban éstos de libertarse por un movimiento en masa de tan urgente contrariedad, llega a abrumarlos y a consumir su derrota la división de vanguardia, que, sin ser advertida y acelerando lo más posible su marcha al través de las asperezas y dificultades que habían estorbado su llegada más oportuna al combate, cae sobre unas alturas en que apoyaban los realistas su derecha, y los desordena y arrolla de lleno también por este lado. No quedó a los españoles otra salvación que la fuga; se abandonaron a ella en la mayor dispersión, dejando en poder de los Independientes, más de setecientos prisioneros, toda su artillería y un considerable parque.

La vanguardia del ejército restaurador efectuó al día siguiente su entrada triunfal en Santiago; y poco después las otras divisiones. No encontraron del Gobierno que habían venido a derribar, más que las señales de la precipitación y terror con que se había disuelto en la más vergonzosa huida. Todo se entregó sin resistencia a discreción de los vencedores. La población fue convocada luego por un bando solemne a la elección de

su Supremo mandatario, y aunque la aclamación unánime designó para ese cargo al General San Martín, su obstinada renuncia obligó a elegir en su lugar al General O'Higgins, el único igualmente merecedor y digno de tan relevante distinción. El General argentino consintió en reservarse solamente el mando en jefe del ejército. La suprema autoridad, y con ella toda la suma del poder público, se atribuyeron al designado por aquella aclamación. En O'Higgins quiso depositar toda su confianza la nación, librar enteramente a su albedrío el límite, el objeto, el desempeño y la duración de su mandato; él debía ser todo en la dirección de los destinos del país, y su voluntad la única regla de sus actos. Si delegación alguna emanada de todo un pueblo soberano, y conferida a un solo mandatario puede llamarse amplia y absoluta ¿cuál más que ésta? Recibirla fue para O'Higgins el prez de más estima, y la prueba [88] de gratitud más inequívoca con que odian premiarse su patriotismo y valor. La Patria, arrancada al cautiverio de infamia y de horror en que gemía desde su contraste en Rancagua, estrechó ese día contra su seno, dilacerado por la brutalidad de sus opresores, al hijo querido que la restituía su libertad y la protección y el amor de los suyos. Rancagua y Chacabuco fueron jornadas a cual de más gloria para O'Higgins. Su lote de subalterno en una y en otra fue con todo más importante que el de sus Jefes; en aquélla, resistiendo a no decir adiós a su tierra natal, sin hacer el más heroico esfuerzo en sostén de su incolumidad, y sin patentizar que a otro que a él debía inculparse su pérdida; y en ésta, envidando en la desobediencia más flagrante y audaz el éxito de las esperanzas de dos naciones y de fatigas y de afanes de dos años de consagración. Luego veremos que con una última y mayor hazaña debía cerrar el anillo de hechos grandes, de triunfos y de trofeos de que la calumnia y la parcialidad más injusta no han conseguido desengastar su efigie histórica, descollante entre las de todos los prohombres de su tiempo. Cuanto honorífica era difícil y ponderosa la comisión de que le encargaban sus conciudadanos. Gobernarlos, administrar sus intereses comunes, defenderlos contra sus propias pasiones exaltadas por su súbito retorno a la vida civil, y contra los realistas fuertes y dominantes todavía en todas las provincias del sur de Chile, desde Concepción, y que amagaban aun más desde el Perú, servir a todas estas atenciones, una sola de las cuales habría bastado a afanar y fatigar a cualquier gobierno, y servir a todas simultáneamente, en las circunstancias críticas y con la falta de elementos que afectaban al de O'Higgins, era ciertamente, una tarea pesadísima y penosa, y de una responsabilidad capaz de abrumar al de más arrojo. Se necesitaba crearlo todo comenzando por el respeto a la autoridad de que se le acababa de investir; recursos, instituciones, garantías públicas e individuales, todo era menester improvisar y acomodar al nuevo orden en que Chile iba otra vez a tentar constituirse; y a un tiempo con este trabajo de organización, y de arreglo interior, debía batallarse sin tregua, dentro y fuera del país, por tierra y por mar, hasta completar y afianzar la independencia ambicionada. Se daba carta blanca al Director Supremo, para proveer a todo; pero no se ponían a su disposición los medios necesarios; él tenía que arbitrarlos, él también que conseguirlos. Y ni aún le era dado contar de cierto con la adhesión y auxilio del pueblo, cuyo bienestar y seguridad iba a procurar a tanta costa: desde los primeros días de su exaltación al poder, murmuraciones y disidencias de mal agüero se habían dejado oír en medio de la unanimidad y emulación con que se apresuraban todos a contribuir al bien general. Nubecillas imperceptibles por entonces, que no alcanzaban a empañar el resplandor y limpieza del horizonte de la Patria; pero sin embargo, ¡presagio funesto! La primera providencia del Director Supremo se dirigió a designar las [89] personas de probidad y de consejo que habían de ayudarle en el desempeño de la Administración en sus diversos ramos. Con el acuerdo de ellas procedió en seguida a establecer los tribunales de justicia, la hacienda pública, la policía de vigilancia, y a decretar

erogaciones e impuestos para subvenir al servicio público y a la reparación y aumento del ejército. Ordenó también el secuestro de las propiedades de los realistas empecinados, y la promulgación de bandos terribles contra los que no se sometiesen al nuevo Gobierno, o fuesen sorprendidos en cualquiera connivencia o complicidad hostil. Y en cuanto, allanadas las primeras exigencias del nuevo orden de cosas, pudo el Director Supremo vacar a las operaciones de la tierra, que urgía proseguir y activar antes que la entrada del invierno obligase a paralizarlas, para suplir la dirección de San Martín, llamado actualmente a la otra banda por negociaciones con su Gobierno, y dejando un Delegado a la cabeza de la Administración en Santiago, con la parte del ejército que aún permanecía aquí, marchó al sur a reforzar la que había enviado delante a las órdenes del coronel Las-Heras. El enemigo se había fortificado en Talcahuano; estaba en posesión de la línea de pequeñas fortalezas que guarecen el territorio contra los indios; tenía también por suya la ciudad de Concepción, pero la había abandonado para encerrarse con todas sus fuerzas en Talcahuano tan presto como se vio amagado de cerca por la división de Las-Heras. Esta retirada, sin embargo, más que una ventaja cedida por los realistas a su pesar, había sido una estratagema empleada para eludir un encuentro decisivo con adversarios en igual sino superior número, hasta la llegada de auxilios que se esperaban por instantes de Lima. Pero Las-Heras, perspicaz no menos que impertérrito, sospechó este designio; y desde que supo se hallaba a la vista un convoy con procedencia del Callao, se mantuvo alerta. Los españoles, efectivamente, no bien se les reunieron los veteranos enviados a su socorro por el virrey del Perú, salieron de la fortificación en la noche del 4 de mayo, y en la madrugada del famoso 5, combinando sus esfuerzos con los de unos pocos soldados que habían dejado en los buques para atraer desde ellos la atención de los retenes patriotas situados en una altura inmediata, atacaron el grueso de las fuerzas de Las-Heras con el mayor denuedo. Pero su empuje y la superioridad de su número dieron como contra una roca: y ni por maniobras engañosas, ni por irrupciones redobladas después en todo sentido, ni por el fuego de sus fusiles y artillería a que no dieron punto en más de seis horas de crudísima refriega, desposeyeron a los patriotas del montecillo cercano a la ciudad desde el cual sostuvieron su defensa. La buena suerte de O'Higgins quiso que su nombre se asociase también al recuerdo de esta acción, memorable entre las cuatro que más de los fastos militares de la Independencia: parte de la división con que venía el Director Supremo ayudó a Las-Heras a decidir y terminar su triunfo. [90]

Empero, las victorias de Chacabuco y del 5 de mayo no pusieron fuera de combate a los realistas, y la sobrevenida del invierno les permitió rehacerse y esperar nuevos auxilios del Virrey. Se prepararon a romper oportunamente las hostilidades en una doble campaña, emprendida una por el ejército acuartelado en Talcahuano y el que se anunciaba venir con Osorio de Lima, y otra por montoneras que se ocupaban en organizar en la frontera. O'Higgins por su lado se aprestó a rechazar la agresión en todas partes, y no dudando del triunfo comenzó a echar con tiempo las bases de la formación de una escuadra naval y de una expedición al Perú, destinadas a bloquear y destruir de consuno el virreinato. La fabricación de pertrechos, el reclutamiento y disciplina de soldados, el encargo a Estados Unidos y a Europa de buques y oficiales de marina inteligentes, estos y otros preparativos se iniciaron sin tardanza. Para sufragar a ellos fue fuerza decretar, bajo el nombre de donativos y prorrates voluntarios, exacciones odiosas; y lo único que pudo hacerse a fin de poner al Erario, en una época no muy remota, en una situación menos cuitada y precaria, fue promover de una vez en Europa la negociación de un empréstito cuantioso bajo condiciones llevaderas, y despachar con este objeto un comisionado a propósito. Incierto era el porvenir bajo cuya hipoteca debía ajustarse la negociación: ¿qué crédito de solvente había de reconocerse a la

República, cuya existencia era todavía un problema? Se contó sin embargo con que el incentivo de un pingüe lucro podría compensar a los ojos de especuladores osados lo aleatorio de la negociación.

Dejaríamos muy atrás los estrechos límites de este trabajo, si hubiésemos de seguir refiriendo uno a uno los servicios prestados por O'Higgins desde que recibió la investidura de Director Supremo. Hemos llegado a la época de su vida, en que su fuerte individualidad se diseña en todo su esplendor asimilándose la del pueblo que manda, y en que su biografía llena ella sola la parte paralela de la Historia Nacional. Su nombre se une a todos los grandes acontecimientos de su Gobierno, y no por haber sido el Jefe de éste, sino porque él, el mismo O'Higgins, interviene como actor principal en esos acontecimientos, porque sus esfuerzos personales impulsan u operan su realización, y porque él mismo es el punto de mira y su acción el resultado de los esfuerzos de los demás. Pertenece a O'Higgins el mérito de todas las grandes obras de su Administración, como le pertenece su vida transfundida toda entera en los afanes que ellas le impusieron.

Y por eso este período de la existencia de O'Higgins, aun más que los precedentes, está desnudo de toda otra particularidad que las de su carrera política y militar. No se tropieza recorriendo sus más recónditos detalles con otro personaje que el que aparece en sus hechos más conspicuos. En el seno de la amistad, en las más secretas deliberaciones gubernativas, en el campo de batalla, es siempre la misma su figura severa, majestuosa, marcial: nunca depone su aire franco y resuelto, el desenfado de sus maneras [91] y su gravedad habitual exenta de toda afectación o hipocresía. No hay repliegues impenetrables en su alma, emociones ocultas, cuya expansión reprima el disimulo y estorben el conocimiento de su carácter en toda su plenitud; es un hombre de una pieza y que se muestra a toda luz siempre el mismo y tal cual es.

Y esta simplicidad y franqueza fueron de tal modo del carácter de O'Higgins, que en otra esfera de actividad que la del servicio público se amortecía del todo su energía moral; las pasiones y debilidades de la condición humana no encontraban en él sensible otra fibra que la del patriotismo. La razón de su conducta, el criterio de su deber, la religión de su culto, y el objeto de toda su ambición y desasosiego eran la Patria, su independencia y su prosperidad. Como esos héroes de las tragedias de Alfieri negados a todo sentimiento que no sea el odio a la tiranía y el entusiasmo por la libertad, personajes inverosímiles de puro bien adaptados al ardor republicano del poeta, así en O'Higgins se refleja tanto el espíritu de su tiempo y de su país, se adunan tan perfectamente las impaciencias, las excitaciones, el fanatismo patriótico de sus gobernados, y de tal modo excluye esta expresión todo accesorio extraño, que se le creería más bien una transfiguración de la entidad ideal, resorte y referencia de sus actos, que el modo de ser de una personalidad humana.

El amor, la amistad, los afectos de familia, los devaneos mundanos ¿qué influencia, qué cabida tuvieron nunca en la vida de O'Higgins? El hombre privado se absorbió todo en el hombre público; y esta sola frase denota bien hasta qué punto no agitaron su pecho esas gratas impresiones. ¿Ni a cuáles hubiera podido mostrarse sensible el pobre bastardo cuya niñez no había conocido otro hogar que el de la nodriza mercenaria a que fue entregado al nacer; cuya juventud no había tenido otro campo de soltura que el sombrío y solitario claustro de un convento; y que, cuando a su país natal hubo de granjearse un lugar en la sociedad, otro prestigio que el humillante de su nacimiento, nada alcanzó a buenas, por la generosidad o protección de sus compatriotas, sino por la justificación de su valor e integridad?

Como hay fisonomías que se prestan a ser trasladadas en busto por la prominencia y fijeza de sus facciones más características, hay también perfiles morales tan

pronunciados y persistentes, que el buril de la Historia puede reproducirlos con toda fidelidad. En el carácter que bosquejamos es tanto mayor este relieve cuanto que es una sola, y la misma siempre, su cualidad sobresaliente.

El nombre de Lircai o Cancha-Ranyada tres veces fatal a la causa de la libertad en Chile, los de Maipú y Curalí, la expugnación de Talcahuano, la toma de Valdivia por la escuadra naval reunida y tripulada al fin a duras penas, las importantes adquisiciones que esta arrebató a los realistas y con las cuales aumentó y mejoró su escasa dotación primitiva, la expedición [92] que ella misma trasportó al Perú, el triunfo definitivo alcanzado allá y que fue el complemento del obtenido aquí; tres millones de pesos invertidos en solo esta última campaña, y nueve más en la reconquista y terminación de la Independencia Chilena; el acta en que se la proclamó formalmente, declarándose los principios de igualdad y libertad sobre que se constituía el naciente Estado; la erección de Valparaíso en entrepuerto general del Pacífico; la creación de almacenes francos para el depósito de las mercaderías en tránsito; las leyes dictadas para asegurar al extranjero, la indemnidad y hospitalidad más liberales; la devolución de las propiedades injustamente secuestradas; la abolición de todos los títulos y distintivos de nobleza; el establecimiento de la Legión de Mérito; todas estas instituciones y muchas otras de un orden más secundario, todos esos hechos de armas y afanosas improvisaciones; todos esos felices resultados deponen mas en pro de O'Higgins que los elogios más pomposos. Las vicisitudes posteriores no han podido deslustrar esos timbres imperecederos de su laboriosa y pura Administración.

Y con tributar este homenaje al eminente mérito de O'Higgins amengua el de las que colaboraron inmediatamente, o contribuyeron en la mayor parte, en muchas de las empresas más portentosas de su Gobierno. San Martín en Chacabuco y Maipo, y luego después en el Perú a la cabeza de la expedición chilena; Cockrane y Blanco al frente de la Escuadra; Manuel Rodríguez en Santiago después del desastre de Cancha-Rayada; Las Heras en el Gabilán; Freire en Curalí; Brayer delante de Talcahuano; el hábil, íntegro y leal Echeverría, como director y moderador de la política gubernativa; Zenteno, Irizarri y Rodríguez Aldea como sus infatigables y fieles ministros; Zañartu, como representante y defensor de la República en la otra banda; todos segaron lauros inmarcibles combatiendo y trabajando por dar cima a la restauración de la Patria. Lo que sin embargo no impide que en la corona cívica tejida con las ofrendas de todos, resalten como su más bello florón las de O'Higgins.

Y ¿quién lo creyera? en ese Gobierno que correspondió tan bien al lleno de su misión, hincó su diente la maledicencia de algunos contemporáneos; y sus calumnias más denigrantes han sido después aceptadas y adobadas ingeniosamente para darles aires de verdades inconcusas. A ese Gobierno, tan desprendido de todo otro interés que el del Estado, tan ajeno de cábalas de bandería, tan consecuente a los fines de su institución, se le ha hecho la afrenta de llamarlo Dictadura; y a su Director, tan perseverante y animoso en su consagración se le ha inventado el proyecto no sólo de fundar y perpetuar de por vida esa Dictadura en su persona, sino de subordinarla a una monarquía, bajo la cual, en connivencia con O'Higgins, no se ha temido decir que San Martín había intentado reunir Chile, el Perú y las Provincias Argentinas. Toda la epopeya magnífica de la lucha sostenida en esos tres pueblos para arrancar y asegurar su independencia, [93] se la hace rematar por estas adulteraciones groseras casi en un sainete ridículo; y a sus dos protagonistas, en vez del porte propio, digno y severo con que se mostraron en las escenas más grandiosas, se les hace tomar el de sátrapas de teatro, cambiar su sencillo uniforme de guerreros por las lentejuelas y oropeles del cómico, y hacer ellos mismos el papel más despreciable en farsa tan pueril.

Si por Dictadura se entiende el poder absoluto conferido a uno solo, llámese enhorabuena Dictador a O'Higgins; lo fue en toda la extensión de la palabra. Pero si se quiere además significar algo de atentatorio o abusivo en el régimen designado por esa denominación algo de puramente dirigido al interés personalísimo del que manda, algo de lo obrepticio y refractario que tuvo la dictadura de Carrera en el año 14, en este sentido no conviene al Gobierno de O'Higgins. Ningún estatuto formal reguló su erección, su organización ni sus actos; sólo la sanción del hecho y la obediencia efectiva de los pueblos astrictos a su reconocimiento legalizaron su origen y forma; mas el poder así ejercido lo fue sólo en obsequio de conveniencia general, y por discrecional la gestión no fue transgresiva ni renitente. Nunca perdió de vista O'Higgins el objeto de su mandato ni le abandonó el convencimiento de deber a su desempeño cuanta era su ilimitada autoridad. Esta conciencia le infundió valor para obrar, y sacrificarlo todo en los instantes decisivos, y para no desmontar su política cediendo a escrúpulos mezquinos o a los desvíos volubles en que dividieron la opinión los varios trances de su Gobierno. ¿Llega el caso de ajusticiar a un Zambruno para satisfacer la vindicta pública ultrajada durante la reconquista por las atrocidades de ese desalmado sayón del coloniaje? O'Higgins no tiene reparo para ordenar, casi sin previo juicio, tan justa retorsión. ¿Cae por fin en poder de los Patriotas el montonero Benavides, de aciaga celebridad por sus traiciones, sus crímenes, sus sangrientas y alevosas hostilidades, y la violación cometida en el valeroso General Alcázar y 80 soldados de la capitulación bajo cuya fe se le habían rendido a más no poder? No tiembla tampoco a O'Higgins la mano para firmar la denegación de todo indulto al pie de la sentencia de muerte de tan malvado y temible bandido. ¿Se hace necesario cruzar en la otra batida las maquinaciones de la facción Carrerina, exasperada por el fusilamiento de dos de sus cabecillas y excitada más que nunca por su impávido Jefe, desvivido, ya no tan solo por atacar y sobreponerse al partido dominante en Chile, sino por vengar aquel asesinato perpetrado en dos parciales y hermanos suyos?, El hombre más avisado y de trastienda que pudo encontrarse, el más fecundo e incansable en el campo de la intriga, y sostenido y ladino en el de la alta diplomacia, don Miguel Zañartu, fue el agente enviado allá por O'Higgins a cortar el reverso a esa conspiración. ¿Manuel Rodríguez quiere tornar contra el Gobierno el ascendiente de su gran popularidad tan justamente adquirida, avanzándose en una de las genialidades de su arrestado carácter hasta ir a [94] vociferar amenazas y peticiones altaneras al patio mismo de Palacio, a la cabeza de una muchedumbre tumultuosa? O'Higgins, reconocida la ineficacia de los medios de consejo y amigable composición ensayados sin éxito con un rebelde cada vez más arrojado, expide resueltamente la orden de su prisión y enjuiciamiento (5).

¡Ojalá que hubiese podido menospreciar las intenciones de estos dos facciosos y que el lastimero fin de ambos hubiese sido más bien el suyo, si esta desgracia no había de haber costado a Chile una nueva guerra civil y otra reconquista, más sangrientas y ominosas que las de 814! ¡Ojalá que el mismo O'Higgins hubiese tenido ocasión de hacer a un lado, de un modo o de otro, pero avocándose la responsabilidad de todos sus procedimientos, aquellos dos indomables y reacios perturbadores, enemigos jurados de su Administración! ¡Ojalá que una potestad superior y un acontecimiento casual no se hubiesen como complotado en su favor para venir a remover, tan a tiempo y para siempre, ese doble jaque que amagó de muerte su propia vida, el predominio de sus adictos y la estabilidad del orden político por él [95] instaurado y sustentado! Con el último suspiro de O'Higgins inmolado a la venganza de sus émulos habría concluido la tranquilidad interior del País; pero la memoria de su defensor se habría conservado inmaculada y en todo su resplandor; no la habría salpicado sangre de sus compatriotas derramada sin su culpa; y la aureola prestigiosa de la desgracia no habría cubierto con

agravio suyo extravíos los más culpables. ¿Porqué el hado venturoso de Chile quiso otra cosa, y que la buena fortuna de O'Higgins viniese a servir de argumento sin réplica contra sus sinceradores? La historia circunspecta y imparcial no se dejará alucinar con todo por la equívoca luz de las apariencias.

¿Pero qué decir de la Dictadura y Monarquía a cuyo establecimiento, se ha sostenido sin empacho, conspiraron de acuerdo los esfuerzos de San Martín y O'Higgins? No son ni especiosas siquiera las interpretaciones en que se apoya esta imputación. En la creación de la Legión de Mérito sería tan absurdo hallar uno de sus fundamentos, como en la orden de Cincinnati de los Estados Unidos la coherencia del mismo designio atribuido a Washington. La resistencia a ampliar las libertades públicas fue una condición vital para un gobierno encargado de sofrenar y satisfacer juntamente los excesos y anhelos de una revolución al día siguiente de su triunfo. Y las negociaciones que mediaron con los Gobiernos de Europa, interesados en hacer Rey de una parte de la América al que lo era a la sazón de Etruria para que quedase este Estado al hijo de Napoleón y nieto del Emperador de Austria, mal pueden acusar nada ni contra O'Higgins ni contra San Martín, habiendo sido rechazadas de plano en cuanto afectaban a Chile, y no por el Agente Diplomático de la República acreditado para ante aquellas Cortes, de su movimiento propio, sino por orden expresa y terminante que le fue comunicada a consecuencia de su juiciosa consulta sobre el particular (6).

Dígase, si se quiere, que la generosidad o la prudencia no inspiraron muchas de las medidas de la Administración de O'Higgins; al fin este sería un capítulo de censura no tan destituido de todo fundamento, y si por acaso injusto, como lo es en efecto, no por endosarse responsabilidades o culpas a otro que al que tocan, o imaginarse colusión hasta con la casualidad, sino por el punto de vista en que el historiador se coloque o la norma a que [96] adapte su juicio. Las confiscaciones, las exacciones y otros rigores de la primera época de la Restauración, que ciertamente tuvieron lugar, han podido, por ejemplo, calificarse como expoliaciones inútiles y represalias inhumanas. Se comprende muy bien que pueda emitirse esta opinión haciéndose completa prescindencia de las necesidades instantáneas y de los azares de la situación que forzaron la mano al Gobierno; que se juzgue las cosas de entonces con las ideas de ahora, o lo que es todavía más arbitrario, que se consideren en abstracto, sin dependencia de condiciones de tiempo, lugar ni otras algunas, sucesos que se efectuaron precisamente bajo la acción de todas ellas. Hay quienes profesan de buena fe este singular criterio, según el cual la política es una ciencia de axiomas y el estadista un ente pasivo que los aplica más o menos bien. Hay quienes, por horror a los crímenes cometidos muchas veces en nombre de una mentida razón de estado, este sofisma de que suele prevalerse el despotismo, sostienen a voz en grito que el gobernante debe conformar su conducta, en todos tiempos y bajo el imperio de cualesquiera circunstancias, con los preceptos invariables de la más estricta justicia y de la moral más austera, y negar todo acceso en sus deliberaciones a los dictados de la salud pública, que sin embargo es el objeto primordial de su misión. Empero, al querer sujetarse a esta regla, simple a la par que inflexible, el modo de obrar en política, se olvida que más que ciencia de teorías y de utopías lo es de conocimientos prácticos, de exacta apreciación de las urgencias del momento, y de los resortes más eficaces que convenga tocar para salvarlas; y que si de algo inmutable y eterno no deben jamás desviarse sus procedimientos es solo de la honradez. La política discreta al mismo tiempo que moral, la política de Franklin y de Fenelón, la que se propone la virtud sin perder de vista la utilidad, la que ofrece la abnegación de sí misma solo en pro de los demás, y que no abdica su energía ante el grito de la piedad o los aspavientos del horror, esa política guió también a O'Higgins al decretar los secuestros y rigores a que se refiere la increpación de que le defendemos.

Bello y grande hubiera sido que sin apelar a recursos extremos se hubiese protegido la causa que acababa de triunfar en Chacabuco; mas hubiera sido también imprudencia y apocamiento abstenerse de represalias contra un enemigo que las provocaba atroces, y aunque derrotado, no vencido; y dejarse supeditar por un vano prurito de clemencia o generosidad. [97]

Empero, ¿a qué razonar contra la ambición egoísta y las trazas de maquiavélica tiranía motejadas a la política de O'Higgins, cuando la mejor refutación es esta misma y lo que alcanzó el país por su medio, y cuando si fuese posible arrancar a nuestra historia las páginas brillantes agregadas en los seis años de ese gobierno, con solo que se salvase la de su abdicación quedaría un documento irrefragable de completo abono? El Dictador, el tirano, el que ha hecho del poder su patrimonio, no lo depone como lo depuso O'Higgins. El Patriota por excelencia, que tiene en su alma la elevación de un Decio o de un Camilo, es solo capaz del rasgo de entereza y desprendimiento con que terminó su carrera pública el fundador de la Independencia nacional y del orden civil de Chile. Desde que la antigua colonia hubo visto conquistada de hecho su emancipación y alejado todo temor de perderla, el deseo de reglar el ejercicio de su soberanía y revocar su delegación en O'Higgins se hizo impaciente y general. Una carta fundamental, otorgada por representantes debidamente nombrados e instruidos, y vaciada en el molde de las constituciones más liberales modernas, pasó a ser la orden del día, tema de discusiones y preocupaciones fervientes en todas partes. Llamose despótico el régimen actual; quísose su inmediata y total cesación, y que no continuase O'Higgins al frente del que debiese sustituirle. Motivo y pretexto juntamente, pues que tanto como ensayar una organización política sobre bases más demarcadas y anchurosas, se quería también satisfacer un capricho de la versátil aura popular. La idolatría de un tiempo por O'Higgins se había convertido en descontento en algunos, y en los que no, en una indiferencia glacial. Pero nada se habría tramado contra la persona del Director, y la conmoción nunca habría cundido y aumentado con tanta rapidez que no hubiesen podido reprimirla concesiones oportunas, a no haber sido inducida la mayor parte del Ejército a una abierta rebelión por el general Freire, que lo tenía enteramente a sus órdenes en Concepción, y que no temió robar al Gobierno la obediencia de tres provincias, traicionando los deberes de su cargo militar y abusando criminalmente de la subordinación de su tropa. ¡Si el caviloso general hubiese previsto entonces el talión terrible que le estaba reservado y lo estéril de su desdoro! Era bastante patriota y hombre de bien para haber impuesto silencio a sus resentimientos particulares. No habría dado un nuevo ejemplo corruptor de esos motines soldadescos que tantas veces se han confundido, en nuestra historia posterior con los grandes movimientos populares, y que si muchas han contribuido a secundar claros y patrióticos fines, alguna (¡muy reciente y lamentable!) han sido causa de su desastrado aborto: auxiliares malditos, que cuando no traen su contingente sin que se les pida y detrás del bastidor del pueblo, so color de servir a sus intereses, solicitan y entronizan su propia granjería, bastardean la causa que se pone voluntariamente bajo su patrocinio, y lo que debiera ser un poco más tarde conquista segura y pacífica de la fuerza de las cosas, la anticipan a balazos, [98] pero para verla a poco desplomada sobre el terraplén movedizo y los charcos de sangre de su cimiento.

O'Higgins no comprendió al principio la tendencia inmediata de las insurrecciones, apenas sucesivas, de Concepción, Valdivia y Coquimbo: tomó a la letra las ínfulas de liberalismo que ostentaban y su clamor por una Convención Constituyente: no vio que no eran más que solapas inventadas para decorar de algún modo la ojeriza a su persona que animaba principalmente a los promovedores y corifeos en las tres provincias. Se persuadió de que tentando el vado a una conciliación prudente, defiriendo sin rodeos a

las exigencias ostensibles, conjuraría la tempestad; y envió con esta mira por sus plenipotenciarios al Norte y al Sur sujetos respetables y capaces. No había doblez en su alma; la experiencia no le había enseñado a no suponer su simplicidad en los demás: le faltaba esa penetración que no engañan los artificios mejor aderezados; nadie menos cursado que él en los amaños de la política a pesar de los seis años de su Directorio. Todos en Santiago se daban ya públicamente los parabienes por la nueva de lo acaecido en las otras provincias; se formaban corrillos en las calles y plazas, y en acaloradas arengas se exhortaba a la sublevación; el soldado, el ciudadano, la primera clase de la sociedad, el populacho, ninguno se abstenía de tomar parte en la efervescencia general. Circulaban de boca en boca rumores los más alarmantes; en la tarde del domingo que precedió al día de la abdicación era uno de los más validos que a la noche sería asesinado en el Teatro el Director; por toda la ciudad se advertían indicios precursores de algo muy grave y extraordinario; y todavía el que debía ser la víctima no daba la menor atención a cuanto se aprestaba en su contra. Le inquietaba tan solo el éxito de las negociaciones recientemente entabladas. No se efectuó por fortuna ningún atentado contra su persona; pero en la noche del día antedicho y en la casa que es hoy el Palacio del Arzobispo, situada en un ángulo de la misma Plaza en que se hallaba entonces el del Gobierno, y en cuyo interior estaba O'Higgins ajeno en gran parte de cuanto sucedía, se había reunido en gran número lo más notable del vecindario, y bajo la presidencia de don José María Guzmán, Intendente de la provincia, deliberaba sobre emprender sin tardanza en Santiago la misma sublevación que en las otras provincias y obligar a O'Higgins a dejar el mando. El funcionario de más categoría de la ciudad, después del Director, y su agente inmediato, Guzmán, prestaba su adhesión y patrocinio, algo más, la autoridad de su cargo y el asilo de la oficina de su despacho, a un conciliábulo dirigido a preparar e iniciar una insurrección contra la Magistratura Superior de la República. ¿Qué mucho que otros funcionarios subalternos, y los jefes y muchos oficiales de la guarnición, y hasta algunos edecanes del Director, se atreviesen a faltar del mismo modo a su deber? Los que no vinieron espontáneamente a ofrecer su apoyo a la asonada en proyecto, hicieron lo que el coronel Pereira, comandante de uno de los batallones acuartelados en la [99] capital, y tenido como paniaguado de O'Higgins; quien, no bien recibió un recado del Intendente invitándole a la reunión, se presentó a los conjurados a prometerles, no tanto como poner a sus órdenes toda la fuerza de su mando, pero sí la seguridad, que valía lo mismo, de no hostilizarlos con ella. Traición a medias, pero más vituperable que si lo hubiese sido sin rebozo, porque se comprometía su reo a negar la obediencia y la protección al Jefe a quien las debía sobre todo otro respeto, pretendiendo cohonestar su delito a la sombra de una distinción de teólogo, no de hombre de honor, entre sus deberes de ciudadano y de militar. Al frente de su tropa no podía ser lo uno y lo otro; y excogitando un término medio para conciliar una aparente incompatibilidad, no hizo más que delinquir doblemente.

La conclusión de este indigno conciliábulo fue dejar acordado para el día siguiente la reunión de una gran poblada en el Consulado, a donde irían a constituirse en cabildo abierto todos los presentes, para llamar ante sí y deponer públicamente al Director Supremo. La destitución quedó desde luego decretada de puño y letra del Intendente Guzmán y designados los oradores que debían notificarla a O'Higgins en el lugar y con el aparato convenientes. Como la espada en la vaina, se guardó en el sigilo por toda aquella noche el plan combinado, y se retiró cada cual a su casa para venir a concurrir al día siguiente a la ejecución.

Cuando por la mañana del memorable 28 de enero de 1823 pudo O'Higgins notar la agitación que ya reinaba en todo el vecindario y supo que las autoridades municipales y un gran gentío discutían en la sala del Consulado el modo de hacer efectiva al instante

su separación del poder, le afectó profundamente menos la demasía del intento, que el haberse urdido y preparado desde la noche anterior, con tanta felonía, sin habersele requerido antes que abdicase de grado, y abrigando y presidiendo tan odioso complot amigos y subalternos suyos, de toda su confianza. Si se hubiese apelado a su generosidad no se habría resistido un momento a satisfacer a los que pedían su destitución. Pero decidirla de antemano, querer efectuarla a viva fuerza, y no como quiera, sino en el acto más solemne y mostrándole a la expectación de todos sus conciudadanos en el aislamiento obrado por la traición y el soborno; he aquí lo que le ofendió de muerte y le lanzó fuera de sí a arrostrarlo todo, antes que una indignidad y humillación tan enormes. Era menos su persona, que la autoridad de su investidura, la que resolvió conservar ilesa.

De sus Edecanes no tenía consigo más que al Coronel veterano, don Agustín López: se le había venido a anunciar que el Batallón de la Guardia al mando de Pereira, y el Escuadrón de su Escolta al del coronel Merlo, estaban a las órdenes de los sublevados. A su palacio no habían aportado esa mañana ni ministros, ni consejeros, y ni sus allegados más habituales. No podía hallarse más sin amparo y en un peligro mayor ni más inminente; pero no por eso le fallaron su incontrastable presencia y energía [100] de ánimo. Téciase la banda tricolor, emblema de su augusto cargo, cíñese su gloriosa espada, monta a caballo, y, seguido solo de su fiel Edecán, se dirige al cuartel de San Pablo a reducir a su deber la amotinada Escolta. Sorprende al comandante Merlo, justamente en el momento en que, rodeado de los oficiales de su Escuadrón y al frente de la tropa que descansaba sobre las armas, comunicaba a los primeros en voz baja las intenciones de la poblada reunida en el Consulado y su propio designio de coadyuvar a su logro. Pero al ver entrar al Director, por el movimiento más irreflexivo, le rindió la tropa los honores de ordenanza, y toda la oficialidad se retiró también a sus puestos, dejando en medio del patio a su Comandante estupefacto de susto y de asombro.

Acercársele O'Higgins con la mayor resolución; echarle en cara su negra perfidia, arrancarle las charretelas con su misma mano y proclamar Comandante en su lugar al veterano López que venía a su lado, todo fue uno. La tropa y la oficialidad presentaron al punto las armas a su nuevo Comandante, quien no bien les ordenó echarlas al hombro y marchar escoltando al Jefe de la República, resonó en todo el cuartel un viva de entusiasmo y se puso en movimiento todo el escuadrón, sin volver siquiera la vista al mohíno y degradado Merlo, sumido todavía en su estupor.

La traición a dos caras de Pereira indicaba la debilidad de su carácter; y como, por otra parte, no tenía O'Higgins en esos momentos otro Jefe de quien echar mano, se determinó a no quitarle el mando de su batallón, y a impelerle y obligarle mañosamente al cumplimiento de su deber. Vino al cuartel de estos otros soldados; hizo detenerse a la puerta a la Escolta que traía consigo; penetró él solo y peroró a la tropa con el mayor coraje. Sus enérgicas palabras decidieron también un pronunciamiento unánime en su favor, y nada menos que contrariarlo intentó el cobarde Comandante. -Hecho esto y teniendo ya de su parte una y otra columna, las mandó formar en la Plaza principal, y partió delante él mismo a esperar sereno en Palacio el desenlace de la sedición.

Los dos triunfos que acababa de arrancar O'Higgins intimidaron algo a los reunidos en el Consulado. Desistieron de osar allanarle el fuero y expelerle de Palacio sin miramiento alguno, proposición a la que se había expresado en los principios una aquiescencia bastante general; y se dispusieron solo a llevar a efecto lo acordado en la noche, y aun esto salvando los homenajes y respeto debidos al Director. Una diputación, compuesta de las personas más caracterizadas de la reunión, fue a suplicarle se dignase venir a oír la representación respetuosa que se quería someterle.

Accedió O'Higgins a la suplica y se dirigió sin temor al Consulado. Sus Ministros y Edecanes, que se le habían reunido poco antes, le acompañaron hasta la puerta de aquel edificio, donde se separó de ellos para abrirse paso por entre la compacta muchedumbre que llenaba el patio intermedio entre el zaguán y el corredor del frente. No recibió en su tránsito [101] ninguna manifestación sino de reverencia y acatamiento a su autoridad: se le veía venir en plena posesión de ella, seguro de sí mismo, con paso firme y continente sereno. Cuando entró en la Sala todo el concurso se puso de pie correspondiendo a su salutación, y facilitándole acceso hasta la gradería sobre la cual estaban a uno y otro lado los Diputados del momento. Subióla, y fuese a colocar en la testera de la sala bajo una especie de dosel que allí había.

«Muy a mi pesar, dijo, haciendo la mayor violencia a mis sentimientos particulares, y solo porque hubiera podido interpretarse mal una negativa de mi parte a deferir a vuestro llamado, me he resuelto a comparecer ante vosotros. Aquí estoy, pues - Sepamos, ¿qué me queréis? ¿cuál es el objeto de esta reunión?»

No tanto estas palabras, como el gesto imperativo y el tono firme con que fueron pronunciadas, concluyeron por invertir completamente la actitud de señorío y superioridad que minutos antes todos los presentes se habían preparado a afectar delante del Director. Este pasó a ser el personaje principal de la escena, el centro del episodio que iba a desarrollarse; y los que se habían soñado dar la ley, pasaron sin querer a recibirla.

Don José Miguel Infante, el orador impertérrito del Cabildo del año 10, hombre de pecho y de pro, se apresuró a responder a aquella interpelación, y a cumplir el encargo a que estaba obligado desde la noche anterior. Empero, apenas había dado principio a su discurso, cuando le interrumpió el Director para preguntar con un marcado ademán de enfado qué título tenía para dirigirle la palabra aquel interlocutor. El orador tan brusca y justamente interrumpido, se descompuso todo, no halló qué contestar; y un silencio bochornoso se habría seguido por largo rato en todo el concurso a la pregunta del Director, a no tomar repentinamente la palabra por todos, pidiendo una doble venia, don Mariano Egaña, más orador y de mejores maneras que Infante, y dotado también de una independencia de carácter que en el curso de su vida pública fue desde entonces tanto más admirable cuanto que contrastaba singularmente con su timidez moral. Se guardó de pronunciar una sola frase del discurso que traía preparado; pero improvisó otro lucido, fácil, insinuante, y perfectamente adaptado al lance del momento. Su conclusión fue pedir que el Director no tuviese a mal la apelación respetuosa que se había hecho a su patriotismo y bondad para deliberar en común sobre la situación azarosa en que habían puesto a la capital las noticias últimamente llegadas de Coquimbo y Concepción. O'Higgins repuso al instante, sin apearce del tono de gravedad y firmeza que había tomado desde un principio, que ya había provisto a esa urgencia dictando medidas y tocando resortes que debían restablecer pacíficamente la quietud y el orden en toda la República; y exigió que la reunión se disolviese al punto en esta confianza.

Don Fernando Errázuriz tuvo entonces la energía que faltó a los demás. [102] Vio que iba a obedecerse a la voz del Director; que por no ser nadie el primero en expresarle con franqueza el objeto de la reunión (tanto habían impresionado el gesto severo y la resuelta intimación de O'Higgins) iba a frustrarse del todo lo emprendido, con grandísimo desaire y disgusto general. No vaciló en tomar él la palabra, y sin curarse de la facundia y conveniencia de su frase, pero poniéndose perfectamente a la altura de la situación y sin herir en nada la susceptibilidad del Director, le significó claramente que su abdicación voluntaria era el único medio, triste y doloroso, pero necesario, de restablecer la tranquilidad pública. «La misma conmoción que en el Norte y Sur, agregó, ha estallado ya en la Capital. Todos en este recinto acatan y respetan en V. E. la

inmunidad de vuestro excelso cargo, la sagrada autoridad de que os halláis investido, el patriotismo ardiente, las grandes virtudes que os adornan y los inmensos servicios que el país os debe. Pero todos también, Exmo. Señor, no temo afirmar, han llegado a creer necesario que resignéis el mando. Si queréis, conservadlo a todo trance; lo podéis; y nos rendiremos, mal que nos pese, a vuestra voluntad suprema... Pero la terquedad de V. E... ¡nos haría infelices!...» Al decir esto, la emoción del orador le embargó casi su voz y tuvo que entrecortar un instante su discurso. Después de una breve pausa, prosiguió expresando que no había hecho más que emitir el voto de toda la concurrencia respetable que tenía el Director delante, y al pronunciar la expresión «apelo sino a ella» con que terminó su arenga, se volvió hacia el concurso, como para esperar que el silencio general ratificase la anuencia que aseveraba.

Todos estaban de tal modo bajo la electricidad que comunicaron a las palabras de Errázuriz su acento de unción y dignidad, que, al oír la interpelación que les hacía, prorrumpieron inmediatamente en aplausos y en furibundos gritos de aprobación. Pero O'Higgins, en el mismo instante y por el raptó más impetuoso, se abalanzó a intimarles silencio, en la actitud, con el gesto y la voz más imponentes. «¡Silencio! ¡Silencio!» gritó varias veces, aproximándose al borde de la gradería y encarándose airadamente a todo el concurso. «¿Qué es esto? ¿Se piensa intimidarme con griterías y amenazas? ¿Se me ha llamado para escarnecer en mi persona la autoridad que ejerzo? Se equivocan los que crean poder arrancármela, o insultarla siquiera impunemente. La defenderé contra todo despojo y la menor ofensa, aunque sea a costa de mi vida. Desprecio la muerte; la he afrontado mil veces sin temor en los campos de batalla. Vengan de una vez los que deseen saciar con mi sangre sus rencores. Aquí está mi pecho. ¡Sea también el blanco de los que registren en él un crimen contra la patria! Me quitaréis la vida y ¿qué me importa? ¡Pero no recibiré en la cara el escupo de tanto oprobio!»...

¡Qué cuadro tan magnífico y solemne! De una parte la figura majestuosa del Director, presentando su pecho henchido de indignación, teniendo [103] asida con la izquierda la banda de su autoridad, y la derecha extendida hacia atrás, como para ofrecerse más en descubierto al ataque de sus enemigos; y de la otra todo un pueblo respetable sobrecogido de admiración por tanta energía y dignidad. No se oyó por algunos minutos ni el más ligero murmullo. Y cuando el Director, recobrada un poco su tranquilidad, ordenó despejar la Sala para entenderse solo con los Diputados, no hubo quien no se diese prisa a obedecer su mandato.

Tan luego como quedó solo con ellos, y sin oír disculpas ni dar lugar a contestaciones de ningún género, se desnudó de las insignias de su mando, pidiendo eligiesen sobre la marcha la persona o Junta que debiese reemplazarle y solicitando su pasaporte para el extranjero.

A poco rato salió de la Sala y presentó él mismo al reconocimiento del pueblo, que esperaba ansioso en el patio el resultado de tan interesante acontecimiento, la Junta elegida en su lugar. Una inmensa comitiva le acompañó hasta su Palacio en medio de los vivas más estrepitosos y aclamándole el Padre de la Patria.

III

La adversidad no relajó la fuerte fibra del carácter de O'Higgins: por el contrario, mostrose superior a las decepciones y contrastes del fin de su carrera pública. Cayó del poder, pero por una sublevación general, súbita, irresistible, y en una actitud decorosa, impávida, imponente, venciendo, puede decirse, por su entereza y la conformidad con su destino a los mismos ante cuya ingratitude y felonía se dio por vencido: como el gladiador romano que al sentir la herida mortal convertía todos los esfuerzos de su

último aliento a exhalarlo con serena faz y noble apostura. Abdicó el mando, proclamó él mismo a sus sucesores, se sometió a un escrupuloso juicio de residencia, pero sin que el vigor y elevación de su ánimo se desmintiesen por deliquio alguno. Compareció ante sus acusadores, oyó imperturbable sus cargos, satisfizo a sus jueces; y pudo alcanzar un testimonio de sus acrisolados méritos y el fallo de la más completa vindicación, refrendados ambos por el mismo que había apadrinado la sublevación en su contra y se preparaba a ocupar su puesto.

Se dirigió al Perú con propósito de esperar en el descanso y en una vida enteramente privada que despuntasen en su Patria tiempos mejores para volver a concluir en paz el último tercio de sus días. Le tocó llegar allí cabalmente en circunstancias que estaba en ese pueblo más empeñada que nunca la lucha sostenida por los defensores del coloniaje contra Bolívar que había venido a perseguirlos en sus últimos atrincheramientos. La misma causa por que había derramado O'Higgins su sangre en Chile se debatía en aquella lucha; ¿cómo había de permanecer espectador indiferente? No vaciló en marchar a ofrecer sus servicios al Libertador de Colombia luego [104] que supo se preparaba a abrir la campaña que debía decidir en definitiva la emancipación de toda América. Bolívar le recibió con muestras del más cordial beneplácito; «en la orden del día siguiente al de su llegada felicitó al Ejército por la incorporación en sus filas del ilustre veterano, y mandó que todos los jefes y oficiales fuesen a darle la bienvenida, y a expresarle su satisfacción de tener por compañero de armas al vencedor en tantos combates y fundador de la Independencia de Chile.» Mas como poco después recibiese Bolívar orden de entregar el mando del Ejército a Sucre, y resolviese volver por este motivo a Lima, hubo de acompañarle O'Higgins y de no ser muy a pesar suyo de los que concurrieron a la inmortal hazaña de Ayacucho. La Independencia del Perú se afianzó por este triunfo, y reconocido el Gobierno de ese Estado al servicio que ahora había querido prestar a su causa O'Higgins, como igualmente al entusiasmo y tesón con que la había antes patrocinado desde Chile, le acordó el insigne honor de inscribirle en la lista de sus Mariscales. Esta merecida distinción, su fama de bravo guerrero, la alta posición de que había descendido con tanta gloria en su patria, y por fin, el prestigio que añadía a su apellido la memoria del Virrey su padre, le granjearon en el Perú consideraciones y respetos universales. Extranjero, emigrado, destituido de todo valimiento y más tarde calumniado horriblemente desde su país natal, reducido un tiempo casi a la miseria, su persona en Lima fue sin embargo siempre objeto de la más benévola veneración. ¡Quién lo creyera! Bolívar, San Martín, Miranda, Sucre, Carrera, héroes algunos de más alta y gentil talla que O'Higgins, habían terminado o debían terminar en la prisión, en el patíbulo, por el hierro de alevos asesinos o en la expatriación más miserable y olvidada, su existencia de glorias, de sacrificios, de fatigas y de meritoria devoción a la libertad de América; solo la de O'Higgins se extinguió honrada y protegida, sino por la Patria de su nacimiento y de su afecto, por la que le dispensó generosamente su adopción, su hospitalidad y un amparo constante contra los rigores y las injusticias de aquella. Mucho sin duda a estas atenuaciones de su desgracia, pero también a la longanimidad de su carácter, debió tal vez poder conllevar su condición de proscrito y caído con tanta resignación. Nunca se quejó de su suerte; nunca dejó de seguir con solicitud las alternativas de acierto o error, de progreso o atraso, con que prosiguió Chile bajo la dirección de sus émulos la tarea de su organización política y civil. Sus votos y simpatías más fervientes acompañaron a su país hasta el último en las varias vicisitudes de su orden público; y en cuanto al término de la expulsión y sobre todo de la odiosidad injusta que sobre él pesaban, aceptólas como una ley de su destino, como uno de esos decretos Supremos contra los cuales no hay más recurso que inclinar la frente, y también quizás como una expiación de faltas de que él mismo no se creía exento, ni

menos osaba absolverse. Y entretanto duraba esta fatalidad, no decía con gran énfasis como San Martín, «estoy [105] envuelto en un manto de desdeñoso estoicismo, algún día conocerán si he hecho bien o mal;» (7) sino que, (lo que no se avenía con el temperamento susceptible, la arrogancia y acaso también con el pasado no tan limpio de su compañero de armas), se remitía a la satisfacción de su propia conciencia, humillando su razón ante la del fallo general de su país, ora debiese devolverle algún día lo que le había quitado de su gratitud y estimación, ora se obstinase en negarle eternamente tan justo desagravio. Firme en sí mismo, conforme con su situación, meditando y proponiendo desde su retiro, siempre que se le brindaba oportunidad, proyectos y reformas útiles a Chile, cultivando relaciones frecuentes y afectuosas con los pocos de sus conciudadanos cuya amistad no cambió su infortunio, disuadiéndolos sinceramente de hacer de su nombre un pretexto de turbulencias y alarmas, soportó veinte años su destierro en la quietud y humildad más irreprochables. El ofrecimiento de su hogar, y cuando no, de una asidua y franca asistencia no faltó a ninguno de los chilenos de alta o baja esfera que arrojaron allá en distintas épocas las conmociones de la República. ¿Quién le oyó proferir jamás palabras de despecho o siquiera de disgusto, no obstante ver prolongarse indefinidamente su confinación y el total olvido en que le habían echado sus compatriotas? Y por el contrario ¿cuántos no presenciaron las efusiones de vivo amor patrio que le arrancaba la noticia de cualquiera empresa loable a que propendía Chile en su organización interna o en sus relaciones internacionales con las Repúblicas hermanas? El General Búlnes y los Jefes que le acompañaron en la campana contra el Protectorado [106] de Santacruz, no olvidarán nunca la sentida deprecación que un incidente casual hizo improvisar al viejo O'Higgins en el banquete con que después de la victoria de Yungai solemnizó el Ejército Chileno el aniversario de nuestra Independencia. Había sido el único invitado a la fiesta, y ocupaba el asiento de preferencia frente a frente del General Búlnes. Muchos brindis se habían pronunciado en honor de ambos; y queriendo O'Higgins contestar a uno de ellos, pidió le llenasen su copa; mas al ir a presentarla con este objeto por sobre la mesa, tropezó ligeramente su mano con el cuchillo de uno de los oficiales que trinchaba un jamón. La herida, aunque muy leve, comenzó a verter sangre; y no bien la advirtió O'Higgins, se puso inmediatamente de pie, y empuñando su copa en la otra mano y haciendo destilar sobre el licor que la llenaba unas cuantas gotas de la sangre de la herida; «Sangre vertida en el día de mi Patria», exclamó de improviso con el acento más solemne y conmovido, «¿por qué no lo has sido en su defensa y en el campo del honor?... ¡Felices vosotros, amigos, compatriotas, compañeros de armas un tiempo!... ¡Os quedan largos años de vida; inflama vuestros pechos el amor a la Patria y a la gloria; tenéis franco el regreso al suelo natal; y volvéis vencedores y honrados! ¡Felices vosotros! A mí no me es dado ya más que consumir en estériles deseos y lejos de mi amado Chile tanto ardor y puras intenciones que hubiera querido consagrar siempre en su servicio. ¡Pero sed testigos de los votos que hago por su felicidad! -¡Tierra de mi nacimiento, albergue de mi juventud y de mis tiempos más felices, teatro de mis hazañas y venturas, ídolo de mi vejez y adversidad, el hado más feliz presida siempre a tus altos destinos!... ¡Quiera el cielo te dignes algún día volver tu estimación al que tan de veras quiso y procuró siempre tu prosperidad!»...

¡Murió el 24 de octubre de 1842 (8) sin la satisfacción de ver realizado tan vivo anhelo! A los pocos días se tuvo aquí tan triste nueva, y una pluma elocuente, de las mejor tajadas que posee hoy Chile, entre otras expresiones de verdadero sentimiento, se apresuró a consignar, en vindicación de la memoria del finado Héroe, las muy notables siguientes:

«No son vanos lamentos, ni muestras afectadas de dolor las que se han hecho sentir en estos días donde quiera que ha habido un corazón chileno. El General O'Higgins ha fallecido, y la Patria, que tenía para con él una deuda inmensa que satisfacerle, ha quedado condenada para siempre a un estéril remordimiento... Chile llegó a olvidar que tenía un O'Higgins y que este O'Higgins, el héroe de su historia, vivía en la vecindad, pobre, a merced de un pueblo extraño. Si esa alma grande que presidió nuestros primeros destinos, que dio el soplo de vida a nuestra Patria, no hubiese sido superior a la mezquindad de las pasiones en el abandono indigno a que se vio reducido, habría maldecido la sangre que derramó en favor de un [107] pueblo ingrato. Mas no; en medio de su desgracia O'Higgins hacía votos fervientes por la prosperidad de este pueblo; él era el objeto de sus conversaciones, de sus pensamientos, de sus delirios...»

«La revolución de la Independencia le cogió en el vigor de sus años, dueño de una ingente fortuna, rodeado de consideraciones y de amigos. La muerte le ha encontrado solo, acabado por la fatiga y el pesar, estrechado por las deudas y las privaciones, después que sus bienes fueron presa de las llamas enemigas y de que el pueblo en cuyas aras sacrificó su bienestar y su reposo, se olvidó de que tenía una vida preciosa que conservar. Las alturas de Chacabuco, los muros de Rancagua y Talcahuano, los campos del Roble y del Quilo con mil otros lugares en que se labró por el esfuerzo de su brazo un renombre inmortal, lo proclamaron el primer guerrero de Chile: una escuadra, creación gigante de su genio, había sujetado a su autoridad el Pacífico; y sin embargo de tantos títulos, de tanta gloria, ¡la muerte le ha ido a hallar en un oscuro gabinete sin más cortejo que el de sus virtudes!...»

«La memoria de O'Higgins es el patrimonio de Chile; sus restos mortales una joya que nadie nos puede disputar. ¡Qué vengan pues a tener descanso entre nosotros y los regaremos con lágrimas de reconocimiento y de expiación!»

El Conde de las Casas, en su Atlas histórico, cronológico y geográfico, ha podido decir también con sobrada razón: «Es el empeño más insensato, una verdadera hostilidad contra la gloria de Chile, querer apocar la memoria del General O'Higgins. Los que tanto se han afanado por calumniarla y deprimirla no han hecho más que cubrir de lodo monumentos preciosos de la historia de su propia patria, que algún día otras generaciones contemplarán con satisfacción y orgullo. No hay en esa empresa ni espíritu nacional, ni amor patrio, ni nobleza de sentimientos, ni elevación de ideas; todo es bajo, ruin y miserable. Ya es tiempo de cambiar de atmósfera y remontar a regiones más elevadas. Los chilenos deben dirigir todos sus conatos a que, si algún día la América tiene un Plutarco, le suministre Chile la mayor y más brillante de sus vidas ilustres.»

Santiago, 6 de diciembre de 1854.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

